

TOMO I

H O M E N A J E

*Luis Jaime Cisneros*

## Capítulo 19



Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Perú  
FONDO EDITORIAL 2002

Homenaje Luis Jaime Cisneros  
Tomo I

Editor: Eduardo Hopkins Rodríguez

Diseño de carátula: Giselle Scheuch

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica  
del Perú. Plaza Francia 1164, Lima  
Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411  
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Obra Completa rústica:  
9972-42-473-1  
Tomo I: 9972-42-474-X  
D.L. 1501052002 2422

Obra Completa tapa dura:  
9972-42-476-6  
Tomo I: 9972-42-477-4  
D.L. 1501052002 2421

Primera edición: julio de 2002

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier  
medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

# Homogeneidad versus heterogeneidad en el lenguaje: la construcción del objeto de estudio de la lingüística\*

Jorge Iván Pérez Silva  
*Pontificia Universidad Católica del Perú*

## Introducción

EN EL CAPÍTULO III DE SU OBRA *El funcionamiento del lenguaje*, Luis Jaime Cisneros se pregunta por el objeto de estudio de la lingüística. Afirma que según diferentes autores esta disciplina se ocupa bien de las lenguas, bien del lenguaje. Cisneros (1991: 41) sostiene que son «muchas las soluciones propuestas» y elige dos como las más significativas: las escuelas funcionalista y generativista. Según el autor, mientras que la primera «insistirá en el carácter institucional de las lenguas y en sus diferencias individuales y destacará —como su contribución decisiva— la función social de la comunicación», la segunda «centrará su atención en la capacidad intelectual del hombre, preocupada por la aptitud de éste para el comportamiento lingüístico, entendiendo el lenguaje como sistema cognitivo que permite al hombre desarrollar el saber» (1991: 41-42). En el resto de su obra, Cisneros elabora magistralmente una imagen del lenguaje que sintetiza críticamente algunas de las principales propuestas que desde Saussure se han adelantado acerca de la naturaleza de este objeto, analiza los diferentes aspectos que lo constituyen y explica cómo se articulan estructuralmente para su funcionamiento.

En el presente artículo, pretendo llevar a cabo una tarea similar aunque, ciertamente, mucho más modesta. Me propongo presentar una propuesta sobre cómo entender las lenguas naturales como legítimos objetos de estudio. Sugiero una manera en la que estos objetos pueden ser concebidos teóricamente con el fin de articular de modo coherente su naturaleza psicológica y sociohistórica, así como para caracterizar su estructura interna. En particular, discuto algunas de

---

\* Este artículo es una versión del capítulo 2 de Pérez Silva (1999).

las principales ideas lingüísticas que se han adelantado a lo largo de este siglo con la finalidad de reconciliar la antinomia homogeneidad-heterogeneidad que se encuentra en las lenguas y sostengo que los intentos científicos por describir dichas entidades han tratado de imponer constructos teóricos discretos y estáticos (como las nociones de *sistema* y *variedad*) en objetos que son continuos por naturaleza.

La propuesta general es que las lenguas son entidades reales cuyos límites se establecen por criterios sociohistóricos. Su peculiaridad radica en que son entidades compuestas por personas portadoras de un conocimiento lingüístico individual. Este conocimiento tiene la forma de una gramática polilectal construida a partir de diferentes fuentes de acuerdo con la historia lingüística del individuo. El resultado de este proceso de construcción a partir de diferentes fuentes es una competencia lingüística estructurada de una manera *atomista*, en el sentido de que constituye un repertorio de diversos rasgos lingüísticos de los diferentes componentes del lenguaje.

La estructura del artículo es la siguiente: en la sección 1 se ofrece una breve reflexión epistemológica sobre cómo se conciben los objetos en general y las lenguas naturales en particular y en la sección 2 se presenta una revisión de las principales características del lenguaje que permiten definirlo. Las siguientes cinco secciones desarrollan diferentes ideas sobre el lenguaje como objeto de estudio que han sido propuestas a lo largo del siglo XX: el sistema homogéneo de Saussure (sección 3), la noción de *variedad* del estructuralismo (sección 4), la propuesta de sistemas coexistentes de Weinreich, Labov y Herzog (1968) (sección 5), la noción chomskiana de *competencia individual* (sección 6) y la idea de la gramática polilectal (sección 7). La sección 8 presenta, finalmente, las conclusiones del trabajo.

## 1. La construcción de un objeto (lingüístico)

Una lengua natural puede ser concebida como un objeto o como un evento. Si el español, por ejemplo, es concebido en el primer sentido, uno puede imaginar una especie de organismo gigante constituido por personas que interactúan produciendo enunciados los cuales, de alguna u otra forma, condicionan diferentes o similares reacciones en otras personas. En este sentido, el español no es diferente de (digamos) un perro, normalmente concebido también como un objeto. Un perro también es una unidad conformada por diferentes elementos

en interacción, aunque no todos ellos se encuentren en una relación de uno a uno.

Pero el español también puede ser considerado como un evento: en algún sentido el español *ocurre* o *acontece*. De manera similar a, por ejemplo, un concierto, el español es un suceso que requiere de personas en interacción, aunque en este caso producen enunciados y no música. Y si estiramos esta analogía un poco más, entonces un concierto también puede ser considerado un objeto: uno que deja de existir tan pronto como sus constituyentes se desagregan. Análogamente, un perro también podría ser considerado un evento dado que su existencia acontece en el tiempo, tiempo en el cual sus constituyentes permanecen juntos en armonía para luego desagregarse.

Así, si consideramos una lengua natural en los términos expuestos arriba, no existe razón aparente para negar su estatus como un objeto de estudio científico. Sin embargo, es una idea común entre algunos investigadores (los generativistas, por ejemplo) que una lengua individual no tiene existencia real y que por tal razón la investigación lingüística debería enfocarse en la competencia del individuo o en su lenguaje-I(nternalizado). Mi objetivo en las líneas que siguen es mostrar que no existe contradicción en afirmar la existencia de una lengua y en estudiar gramáticas internalizadas; es más, trataré de demostrar que ambas aproximaciones al objeto de estudio son beneficiosas y complementarias.

## 2. Algunas características generales del lenguaje relevantes para su definición

La característica más saltante de los objetos o eventos que llamamos *lenguas* es probablemente su socio-historicidad. La gente que habla una lengua (o, de manera más coherente con lo visto en la sección anterior, que *son parte* de una lengua) pertenece a una comunidad cuyos miembros se encuentran ligados por vínculos históricos, uno de los cuales es típicamente el conocimiento y uso de un sistema semiótico que es aprendido a partir de la interacción con otros miembros de la comunidad. El hecho de que las lenguas presenten un aspecto aprendido constituye otra característica importante de su naturaleza: su carácter cognitivo. Estas dos características, por supuesto, no llaman la atención dado que los seres humanos también son entidades (o eventos) socio-histórico-psicológicos. Adoptaré el término *lengua histórica*

de Coseriu (1981) para referirme en general a los objetos/eventos que normalmente se designan como *quechua*, *japonés*, etc.

El hecho de que la gente hable del quechua o del japonés, sin embargo, no significa *ipso facto* que el quechua o el japonés existan; en otras palabras (y como es bien conocido) el uso de un nombre no garantiza un referente para tal nombre. Así, algunos criterios parecen imperativos con la finalidad de identificar y definir aun más una lengua histórica. En la misma línea del argumento presentado en la sección 1, podríamos decir que la *identificación* de una lengua histórica debe comenzar con la identificación de un grupo de personas que interactúen lingüísticamente en una comunidad; por supuesto, esto no es un asunto difícil, pues dicha situación se encuentra prácticamente en cualquier parte del mundo. Una empresa diferente, sin embargo, es el intento de establecer los *límites* de una lengua histórica. Para enfrentar este problema resulta útil hacer una distinción entre lenguas literarias o socio-políticas y lenguas no literarias o etno-culturales.<sup>1</sup> Las lenguas literarias son aquellas que presentan un amplio rango funcional, esto es, lenguas que se usan para diversos propósitos dentro de una comunidad, de manera notable, para escribir y leer. Esto no significa, claro está, que todos los miembros de la comunidad empleen su lengua en todas estas funciones. Además de por la polifuncionalidad, y de manera muy importante, las lenguas literarias se definen por la conciencia de sus miembros de ser hablantes de una cierta lengua histórica (a lo que contribuye notablemente la existencia de alguna instancia normativa metalingüística). El uso de una o más normas estandarizadas suprarregionales caracterizan a este tipo de lenguas, como el español o el inglés lo ilustran bastante bien.<sup>2</sup>

Por su parte, las lenguas etno-culturales no poseen expresión escrita y ninguna norma estandarizada funciona como vínculo suprarregional para sus diversas variedades. Más aun, las variedades de este tipo de lengua usualmente presentan rasgos particulares que las distinguen notablemente entre sí. Este hecho da pie a dos situaciones alternativas:

---

<sup>1</sup> El adjetivo *literario* es entendido aquí como relativo a la literacidad y no a la literatura (cf. el alemán *Schriftsprache*); véase Rivaola (1990) y la bibliografía citada ahí. Los términos *socio-político* y *etno-cultural* son adoptados de Wölck (1977); él también se refiere a las lenguas etno-culturales como lenguas *orales* o *preestandarizadas*.

<sup>2</sup> Como es bien sabido, la conciencia lingüística se utiliza usualmente para determinar fronteras políticas o nacionales.

un grupo étnico (o etno-lingüístico) puede considerar bien que su medio de comunicación no es el mismo que el de otro grupo (por lo tanto que hablan diferentes lenguas), o bien que ambas comunidades usan diferentes modalidades o formas de la misma lengua.

Este punto merece clarificación. De lo que acaba de decirse parecería desprenderse que las variedades de una lengua etno-cultural son tales incluso si sus hablantes creen o afirman que dichas variedades son diferentes lenguas históricas. Tal afirmación parecería suponer que existiera alguna instancia o entidad privilegiada que pudiera reconocer cuándo dos variedades forman parte de una sola lengua o cuándo constituyen lenguas diferentes. El mejor candidato para dicho reconocimiento, podría uno pensar, es el lingüista y probablemente algunas personas puedan pensar que a partir del examen de diversos rasgos (presumiblemente estructurales), el lingüista puede determinar si dos comunidades hablan dos variedades de una misma lengua o lenguas distintas. La realidad, sin embargo, es que una lengua histórica es un objeto o un evento que se determina y define como se señaló arriba, esto es, delimitando a un grupo de personas y un lingüista no es un mejor candidato para hacer esto que alguien que no lo es. Así, encontramos una lengua histórica siempre que una comunidad considere que sus miembros se encuentran vinculados lingüísticamente por una.<sup>3</sup>

La diferencia entre las lenguas literarias y las etno-culturales se hace ahora más evidente: mientras que los límites de las primeras son más fácilmente identificables por sus miembros dado el reconocimiento de una variedad estandarizada, los límites de las últimas pueden no tener la misma aceptación unánime. Esta situación parece dejar indeterminado el estatus de las lenguas etno-culturales dado que aparentemente lo que una lengua es para un grupo puede ser considerado dos lenguas para otro. Y eso es correcto: es parte de la esencia de una lengua histórica el ser no determinada o, más precisamente, el ser socio-históricamente determinada.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> Los casos del serbio y el croata, o del checo y el eslovaco, son bastante bien conocidos: diferentes lenguas para sus hablantes y una única entidad para el lingüista. Ambas posturas son correctas dado que la determinación de un objeto o evento no es un proceso unívoco como se sostiene más abajo.

<sup>4</sup> Un ejemplo pertinente para este punto es el del ashéninka y el asháninka: lenguas diferentes para sus usuarios, pero estructuralmente la misma para los lingüistas.

Podría argumentarse que este criterio para delimitar una lengua histórica no es preciso dado que produce o conduce a la postulación de objetos o eventos abstractos, de alguna manera diferentes de los ejemplos de objetos/eventos ofrecidos en la sección previa (a saber, el perro y el concierto). Este argumento, sin embargo, solo se sostiene desde la perspectiva de un realismo ingenuo, para el cual los objetos o eventos como los anteriores son «concretos» u «objetivos». Uno no debería olvidar que toda entidad por el hecho de ser considerada tal es una *construcción* del sujeto que la percibe y la conoce aun cuando uno pueda encontrar mayor intersubjetividad (esto es, consenso) con respecto a la existencia de ciertas entidades. Así, todo objeto o evento (un perro o una lengua) es abstracto en el sentido de que no es nada más que un flujo de percepciones al que se le otorga una forma (en un sentido amplio) por parte del sujeto. Una lengua histórica es simplemente un mejor ejemplo de la manera como nosotros apprehendemos el mundo.<sup>5</sup>

En suma, el criterio para *identificar* una lengua histórica coincide con la identificación de una comunidad que interactúa lingüísticamente y el criterio para *definirla*, esto es, para establecer sus límites, consiste en la inclusión de los miembros que se consideran a sí mismos hablantes de tal lengua.

Aparte de esta (auto)definición de una lengua, también existe una que el lingüista puede postular. Basado en diferentes criterios (similitudes estructurales de los sistemas, entendimiento mutuo, etc.), el lingüista puede proponer que cierta comunidad conforma una lengua o se encuentra vinculada por una lengua, tanto si la comunidad está de acuerdo como si no lo está. Por ejemplo, el quechua es considerado por algunos lingüistas como una familia (cf. Torero 1983) y por otros, como una lengua (cf. Cerrón-Palomino 1987); por otro lado, el serbo-croata, como fue señalado antes, es considerado por algunos lingüistas como una sola lengua, pero por sus hablantes como dos lenguas independientes.

Además de las características de las lenguas que han sido mencionadas hasta aquí —el ser socio-históricas y cognitivas— existen otras

---

<sup>5</sup> La perspectiva diacrónica de una lengua histórica también presenta un buen ejemplo de la manera en que uno determina su existencia. La respuesta a la pregunta *¿cuándo el latín (vulgar) se volvió español?* tiene un ingrediente socio-histórico: cuando los hablantes de español se volvieron conscientes de que lo eran. Cf. Lleal (1990: 131-133).

dos propiedades muy importantes: su diversificación interna y su carácter sistemático o estructural. De hecho, estas propiedades ya han sido aludidas al reconocer la existencia de variedades de una lengua histórica. La noción de lengua histórica, sin embargo, merece más precisión para poder acomodar la diversificación y la sistematicidad, tal como veremos más abajo, dado que no representa la diversificación interna de una lengua de manera clara y directa.

Es reconocido de manera mayoritaria que no todos los individuos que conforman una lengua se comportan de manera idéntica en términos lingüísticos. La distinción más clara es probablemente la existencia de diferencias en el habla de personas de diferentes lugares dentro de la misma lengua (diferencias diatópicas). La diversificación interna de una lengua también puede ser notada con respecto a los estratos que caracterizan a la sociedad: diferentes formas de habla caracterizan a diferentes niveles sociales (diferencias diastráticas). Asimismo, la gente se comporta de manera diferente dependiendo de las diferentes situaciones comunicativas en las que se ve envuelta (diferencias diafásicas). Finalmente, también vale la pena notar que una lengua histórica presenta diferencias diacrónicas. Dado su carácter histórico, consideramos que aquello que se hablaba en el siglo XIX, por ejemplo, pertenece también al *español* o al *inglés* aun cuando haya diferencias estructurales con respecto al habla de la actualidad. Así, pues, esta situación de diversidad muestra a una lengua histórica como un objeto o evento *heterogéneo*.

Sin embargo, la heterogeneidad individual que acabamos de describir parece incompatible con la idea de *variedades lingüísticas*. Estas últimas constituyen un concepto que caracteriza a una estructura sistemática que presupone algún tipo de unidad u *homogeneidad* supra-individual. En las siguientes secciones, como se adelantó en la introducción, presento algunas propuestas teóricas que han sido desarrolladas por la lingüística con el fin de armonizar estas dos ideas.

### 3. El sistema homogéneo de Saussure

La idea de un aspecto homogéneo de una lengua histórica puede encontrarse en la distinción saussureana entre *langue* y *parole*. Este último concepto se refiere al comportamiento lingüístico individual, que es por naturaleza heterogéneo y único. El primer concepto, el de *langue*, es considerado por Saussure (1981: 53) como un sistema semiótico

común, socialmente homogéneo, «de signos distintos que corresponden a ideas distintas», el cual permite la comunicación entre las personas de una comunidad por medio del comportamiento lingüístico heterogéneo de cada uno de sus miembros. De acuerdo con Hanks (1996: 28) «este ser común de la *langue* es lo que hace posible que [un hablante] B entienda los significados de [un hablante] A, aun cuando se originen dentro de la cabeza de A».<sup>6</sup>

Saussure (1981: 65) atribuyó una especie de realidad psicológica a este sistema; él consideró que los signos lingüísticos que componían una lengua eran conocidos por sus hablantes: «La lengua existe en la colectividad en la forma de una suma de acuñaciones depositadas en cada cerebro, más o menos como un diccionario cuyos ejemplares, idénticos fueran repartidos entre los individuos». Asimismo, afirma que a la lengua «se la puede localizar en la porción determinada del circuito donde una imagen acústica viene a asociarse con un concepto» (1981: 58). Él señala de manera explícita que «las dos partes del signo son igualmente psíquicos» (1981: 59).

Aunque Saussure caracteriza a la lengua como un sistema de signos, no deja a la gramática fuera de sus características esenciales: él considera que «un diccionario y una gramática» pueden ser la representación fiel de una lengua (1981: 59). Su concepto de *gramática*, sin embargo, es altamente dependiente de los signos, a los que considera los principales constituyentes del lenguaje o de la lengua. De acuerdo con él, la gramática definida como la descripción del estado de una lengua (o como «lingüística estática»), se compone de la morfología, la sintaxis y la lexicografía; más aun, Saussure sostiene que estas distinciones pueden mezclarse dado que las relaciones gramaticales no son nada más que las relaciones entre los signos. Las relaciones son de dos tipos: sintagmáticas (o *in praesentia*) y asociativas (o *in absentia*). Las primeras son aquellas que se establecen entre los signos que se

---

<sup>6</sup> La traducción es mía así como la de todas las referencias siguientes de obras en inglés. Con respecto a la noción de *langue* de Saussure, cabe señalar que ella no hace referencia a un mero medio de comunicación basado en una nomenclatura para objetos preexistentes. La contribución más importante de Saussure es, probablemente, la idea de que la *langue* no puede reducirse a la sustancia (o a su modo material) que constituye el habla o el pensamiento, sino que es esencialmente una estructura o forma que relaciona y da sentido a los elementos que la conforman. Véase Crawley (1996) para un análisis de la contribución de Saussure a la historia de las ideas.

combinan en el discurso; las unidades que se obtienen a partir de estas combinaciones, los sintagmas, pueden ser de distinta longitud o jerarquía. Los ejemplos de Saussure (1981: 207) ilustran esta noción: *releer, contra todos, la vida humana, Dios es bueno; si hace buen tiempo, saldremos*. Las relaciones asociativas, por otro lado, son aquellas que establecen los signos en la memoria de los hablantes:

Así la palabra francesa *enseignement*, o la española *enseñanza*, hará surgir inconscientemente en el espíritu un montón de otras palabras (*enseigner, renseigner, etc.* o bien *armement, changement, etc.*, o bien *éducation, apprentissage*); por un lado o por otro, todas tienen algo de común.

Los dos tipos de relaciones están vinculados con dos aspectos diferentes de una facultad mental: la facultad de asociación y de coordinación que, de acuerdo con Saussure (1981: 56), «desempeña el primer papel en la organización de la lengua como sistema.» Así, no solo los signos se encuentran representados mentalmente, sino que también las relaciones entre ellos descansan en una facultad psicológica.

El sistema gramatical de Saussure no se basa en reglas (generativas), sino en la memorización de «tipos» o «patrones»:

Cuando una palabra como fr. *indécorable* o esp. *ingraduable* surge en el habla ... supone un tipo determinado, y este tipo a su vez solo es posible por el recuerdo de un número suficiente de palabras similares que pertenecen a la lengua (*imperdonable, intolerable, infatigable, etc.*). Exactamente lo mismo pasa con las oraciones y grupos de palabras establecidas sobre patrones regulares; combinaciones como la tierra gira, ¿qué te ha dicho?, responden (sic) a tipos generales que a su vez tienen su base en la lengua en forma de recuerdos concretos (1981: 210).

Como puede apreciarse, el mecanismo de Saussure para la combinación de signos en sintagmas es perfectamente coherente con su concepción de lengua como un sistema de signos que establecen relaciones entre sí y que están coordinados y asociados por una facultad mental. Los signos individuales así como los combinados son memorizados y pueden ser asociados (tanto por su significado como por su forma) con otros signos; la memorización de signos combinados (i.e., de sintagmas) le permite al hablante abstraer tipos generales o patrones y asociarlos con otros signos con el fin de coordinar (combinar)

aquellos signos en nuevos sintagmas que van de acuerdo con dichos patrones.<sup>7</sup>

Aunque el sistema de Saussure es reconocido como mentalmente representado, puede sostenerse que este autor privilegió la naturaleza social de la lengua sobre su naturaleza psicológica individual:

Si pudiéramos abarcar la suma de las imágenes verbales almacenadas en todos los individuos, entonces toparíamos con el lazo social que constituye la lengua. Es un tesoro depositado por la práctica del habla en los sujetos que pertenecen a una misma comunidad, un sistema gramatical virtualmente existente en cada cerebro, o, más exactamente, en los cerebros de un conjunto de individuos, pues la lengua no está completa en ninguno, no existe perfectamente más que en la masa (1981: 57).

En este pasaje, la lengua es caracterizada como el «vínculo social» que une a los miembros de una comunidad; es como si Saussure no estuviera tomando en cuenta el conocimiento individual de cada hablante con el objetivo de visualizar la lengua como una entidad supraindividual *homogénea*. Esta idea también se refleja en el siguiente pasaje (1981: 65):

[La lengua] es, pues, algo que está en cada uno de [los individuos], aunque común a todos y situado fuera de la voluntad de los depositarios. Este modo de existencia de la lengua puede quedar representado por la fórmula:

$$1 + 1 + 1 + 1 \dots = I \text{ (modelo colectivo)}$$

Será este modelo colectivo el que Saussure y el estructuralismo posterior a él privilegiarán como su objeto de estudio.

Una posible interpretación de esta posición es que, dada la consideración de la lengua como un sistema de signos, Saussure tenga al lexicón en mente cuando caracteriza esencialmente a la lengua; dado

---

<sup>7</sup> La idea de patrones construccionales es similar a la propuesta behaviorista aunque esta última no presenta ninguna carga mental o psicológica y se distingue del planteamiento generativista que atribuye reglas o principios al hablante. Como se discute más abajo, la principal ventaja de un enfoque generativista es que la creatividad del lenguaje se representa mejor por reglas o principios que por patrones. Análogamente, para el generativismo, la creación de «nuevos patrones» se deriva de principios abstractos y no del input lingüístico (*parole*).

que, como de hecho ocurre, ningún individuo particular conoce todo el vocabulario que todos los miembros de la comunidad en conjunto conocen, entonces la lengua «no existe perfectamente más que en la masa». Otro posible argumento a favor de adscribirle una esencia social al sistema es el hecho de que un individuo no puede cambiar la lengua en el sentido de decidir por sí mismo inventar una palabra y difundirla o imponer algún patrón construccional, dado que tanto el lexicón como la gramática se basan en la convención social. Así, el individuo termina siendo un mero participante dentro de esta gigantesca institución social.

La homogeneidad de la lengua saussureana también puede observarse en su conocida distinción entre las perspectivas o puntos de vista diacrónico y sincrónico para el estudio del lenguaje. Saussure (1981: 162) propone una «antinomía radical entre el hecho evolutivo y el hecho estático» de la lengua. De acuerdo con este autor, el cambio lingüístico a través del tiempo debería ser estudiado independientemente del estudio de la lengua considerada como un sistema semiótico que funciona en un momento determinado de su historia (i.e., un estado de lengua). La distinción entre hechos evolutivos y estáticos es radical en la perspectiva de Saussure al punto que considera que «todas las nociones relativas tanto al uno como al otro [son] irreducibles entre sí en la misma medida» (*loc. cit.*).<sup>8</sup> Así, los elementos de la lengua presentan una relación simultánea cuando uno se aproxima a ella sincrónicamente, pero son vistos como un elemento que sustituye a otro cuando se le considera diacrónicamente. La consecuencia de esta figura es la interpretación de la evolución lingüística como una sucesión de estados de lengua *homogéneos*, en lugar de como un proceso de transformación continua de una entidad *heterogénea*.

La misma «asepsis» se observa con respecto a las diferencias diatópicas. Saussure confina el estudio de las diferencias diatópicas al de la «lingüística externa», independiente del estudio de un sistema (que constituiría la «lingüística interna»), al cual considera esencial. Dado que de acuerdo con él «todo cuanto se refiere a la extensión geográfica de las lenguas y a su fraccionamiento dialectal», en última

---

<sup>8</sup> Weinreich, Labov y Herzog (1968: 98) consideran la distinción de Saussure como una de las piedras angulares de la historia de lo que ellos llaman «la antinomía estructura-historia». Sin embargo, estos autores atribuyen a los neogramáticos el origen de esta antinomía, particularmente a Paul (1880).

instancia, «no toca al organismo interno del idioma», (1981: 68), entonces la variación diatópica no forma parte del objeto de la lingüística, es decir, de la lengua, entendida ésta como una entidad homogénea.

En suma, el sistema, considerado de esta manera, es una entidad *homogénea* abstracta impuesta sobre la *heterogeneidad* de una lengua histórica. Cualquier elemento que escape a la homogeneidad del sistema es considerado irrelevante para el estudio de lo que es esencial a la lengua. De acuerdo con Hanks (1996: 18), Saussure niega el papel central que desempeña la actividad humana en la lengua cuando reifica a esta última como un objeto de estudio científico y relega la praxis lingüística «a la posición de una mera sombra del objeto en sí mismo». En resumen, «abstraída del ámbito de la historia, la lengua se convierte en una cosa que la ciencia puede investigar con todo su rigor».

Sin embargo, una suerte de balance general de la historia de la lingüística causada por la «presión» de la heterogeneidad sobre la homogeneidad condujo a la noción estructuralista de *variedad*: la visión de que las lenguas están compuestas por diversos sistemas homogéneos. Exploro esta noción en las secciones subsecuentes.

#### 4. El estructuralismo y la noción de *variedad*

El reconocimiento de las diferencias diatópicas y diastráticas condujo a Weinreich (1954) a caracterizar lo que «el lego llama 'lengua'» como un «agregado de sistemas», cada uno de los cuales constituye una estructura semiótica particular en la cual todos sus constituyentes se encuentran interrelacionados. Estos sistemas o variedades, sin embargo, de acuerdo con Weinreich (1954: 389), no coinciden exactamente con la noción de dialecto social o geográfico:

Si dialecto se define como el habla de una comunidad, de una región, una clase social, etc., el concepto no parece encajar bien con la lingüística estructural en sentido estricto porque depende de atributos espaciales o temporales que no pertenecen propiamente a un sistema lingüístico como tal. Los 'dialectos' pueden ser adyacentes o distantes, contemporáneos o no contemporáneos, prestigiosos o estigmatizados; los sistemas lingüísticos en una visión estructural estricta solo pueden ser idénticos o diferentes.

La noción de *dialecto* en este pasaje puede ser interpretada de una manera paralela a la noción de lengua histórica desarrollada antes. La distinción de Weinreich entre dialecto y variedad muestra que él considera al primero como definido en términos no estructurales mientras que esta última es precisamente una estructura semiótica. Una variedad es claramente para el autor un constructo teórico impuesto sobre una entidad intuitiva (el dialecto) que puede ser «adyacente o distante», «contemporáneo», «prestigioso», etc. Nótese que Weinreich no sostiene que los dialectos no existan por no ser definidos en términos estructurales; de acuerdo con los principios estructuralistas, él simplemente no los considera como objeto de estudio lingüístico. ¿Qué son entonces los dialectos? En la línea de lo discutido en la sección 2 del presente artículo con respecto a las lenguas, los dialectos podrían ser considerados entidades identificables por el reconocimiento de un grupo de personas que interactúan lingüísticamente, y definibles por la inclusión de ciertos individuos. Parece más claro ahora que la definición de un dialecto o de una lengua no es una cuestión propia del lingüista aunque éste pueda perfectamente buscar sus límites si es que lo desea. Por otro lado, de lo que el lingüista (estructuralista) debería ocuparse es de la definición (o más precisamente, de la construcción teórica) de las *variedades*.

Esto no significa que el lingüista caiga en la ilusión de que lo que se está describiendo sea, en realidad, un dialecto o una lengua histórica concretos. Al menos eso lo deja en claro Weinreich. La lengua de la que habla el lego no es en sí misma un «agregado de sistemas», o un «diasistema», como Weinreich lo llama; este último es una entidad artificial diseñada por el científico «que puede ser construida *ad hoc* a partir de cualquier número de variedades para un propósito analítico particular» (1954: 395). Así, por ejemplo, podríamos construir un diasistema a partir de dos variedades del español y otro diasistema a partir de esas dos variedades más otra; ambos constructos serían legítimos objetos de estudio aun cuando ningún dialecto determinado socialmente les corresponda. Similarmente, uno podría construir un diasistema a partir de, digamos, las variedades postuladas que corresponden al portugués y al italiano, lo que constituiría un agregado de sistemas, tal como un agregado de las variedades del francés constituye un diasistema. La diferencia, sin embargo, sería que en el primer caso no existe ninguna lengua histórica que componga en una sola unidad lo que la gente llama *portugués* e *italiano*, mientras que la gente, de hecho, le llama *francés* a un objeto heterogéneo que incluye

el habla de diferentes personas, desde los diversos sociolectos de París hasta los variados dialectos de Haití.<sup>9</sup>

El punto principal es que las variedades o diasistemas construidos por el lingüista son constructos teóricos precisos mientras que los dialectos o lenguas presentan límites borrosos o indeterminados (tanto aquellos que son reconocidos socialmente como aquellos que son postulados por el lingüista). La relación entre los sistemas teóricos y las entidades sociales no es de *representación* estrictamente hablando dado que la elaboración del constructo teórico es el resultado de un proceso de abstracción y selección de los elementos pertinentes del sistema. La red de relaciones postulada que interrelaciona a los elementos del sistema no se considera un reflejo directo de la psicología de los miembros de una comunidad ni tampoco un modelo de comportamiento social: es simplemente una entidad teóricamente abstracta construida sobre la base del habla de cierta comunidad.<sup>10</sup>

En ese sentido, no puede haber, propiamente hablando, una descripción estructural de una lengua histórica o de un dialecto. Siguiendo a Flydal (1951), Coseriu (1981: 120) sostiene que una lengua histórica, como un todo, se caracteriza por una «arquitectura» más bien que por una «estructura». La primera noción se refiere a la relación existente entre diversos sistemas que conforman o que pueden ser relacionados con una lengua histórica. La noción de *estructura*, en cambio, debe referirse exclusivamente a las relaciones entre los elementos de lo que él llama una «lengua funcional». Esta noción que corres-

---

<sup>9</sup> Un lingüista por supuesto tiene el derecho de postular que el portugués y el italiano juntos forman una lengua o que dos o tres dialectos del español también constituyen una lengua o una sublengua; esto es legítimo dado que, como se discutió antes, los objetos pueden ser construidos de esa manera. Un buen ejemplo de esto es probablemente la postulación de que las lenguas romances no son una familia sino una lengua o de que el quechua es una lengua en lugar de una familia. Heger (1985), por ejemplo, justifica la noción de diasistemas construidos a partir de diferentes lenguas genéticamente relacionadas con propósitos de reconstrucción histórica.

<sup>10</sup> La cuestión sobre la «realidad» de este tipo de constructos no tiene ningún sentido en la línea del argumento que se da arriba: es claro que estas entidades teóricas son reales *qua* entidades teóricas. La cuestión de qué cosa representan es una cuestión diferente y la respuesta es que no se pretende que representen nada social o psicológico; son simplemente constructos teóricos estructurados sobre la base de ciertos datos empíricos. Vale la pena hacer notar que a pesar de esta diferencia crucial algunas veces el término *variedad* es usado informalmente para referirse a las entidades sociales (los dialectos sociales o geográficos); yo sigo esta práctica común en el presente artículo cuando no genera confusión.

ponde a una entidad más bien abstracta es definida por Coseriu (1981: 119) en los siguientes términos:

Una «técnica del discurso» ... considerada en un solo punto del espacio, en un solo «nivel de lengua» y en un solo «estilo de lengua» (técnica sintópica, sinstrática y sinfásica) se llamará ... *lengua funcional*.

La lengua funcional es, así, la única estructura o sistema legítimo en que *tout se tient*, por lo tanto, el único objeto legítimo de estudio para el estructuralista. Es a este sistema al que uno puede aplicarle un análisis fonológico, morfológico, sintáctico o semántico/léxico y obtener una estructura sistemática.

Coseriu (1981: 122) sostiene que es esta lengua funcional la que «se presenta» o «se realiza» en cada punto del discurso y que no es nunca una lengua histórica como tal la que lo hace. Él reconoce que una lengua funcional nunca corresponde a la realidad del discurso que un hablante puede producir dado que un hablante puede realizar diferentes técnicas diatópicas, diastráticas o diafásicas. En este sentido, una lengua funcional no representa ni el aspecto social ni el aspecto psicológico de una lengua; se trata, otra vez, de un mero constructo teórico.

El carácter abstracto y no representacional del sistema estructuralista (*langue* o variedades) —llevado a su extremo lógico en la lengua funcional de Coseriu— contrasta, en la historia de las ideas lingüísticas, con dos visiones alternativas que sostienen que sí se puede diseñar un sistema de manera tal que represente a un objeto real. Por un lado, Weinreich, Labov y Herzog (1968) establecen la base para una teoría del cambio lingüístico que descansa en un concepto de lengua que incorpora la variación (i.e., la heterogeneidad). El campo de la sociolingüística de la variación descansa en esta asunción crucial de que una comunidad de habla puede ser representada por una gramática. Por otro lado, la gramática generativa inaugura la empresa de diseñar una teoría explicativa del lenguaje que dé cuenta del hecho de que cada individuo adquiere o desarrolla el conocimiento lingüístico gracias a la mera exposición al *input* lingüístico presente en su ambiente social. La gramática generativa asume que el conocimiento del individuo puede ser representado por una gramática particular, una teoría de la gramática interna del hablante. Presento estas dos aproximaciones al lenguaje en las siguientes dos secciones.

## 5. La propuesta de los sistemas coexistentes

Weinreich, Labov y Herzog (1968: 99) en su diseño de una teoría del cambio lingüístico proponen «un modelo del lenguaje que acomoda los hechos del uso variable en sus determinantes sociales y estilísticos». Esta propuesta podría ser considerada como totalmente opuesta a aquella de un sistema homogéneo presentada arriba; sin embargo, lo que sostienen es que la heterogeneidad del lenguaje puede ser vista como un sistema homogéneo, no del tipo saussuriano (el cual, como vimos, excluye la heterogeneidad por definición), sino uno en el cual la variación presenta orden y estructura. Una de las contribuciones más notables de esta aproximación al lenguaje es el descubrimiento (si cabe este término positivista) de que la variación es dependiente de factores gramaticales y también extragramaticales. Lo que significa que la variación libre (o la heterogeneidad no ordenada) no existe como tal, sino que es una ilusión causada por la observación del comportamiento lingüístico sin los instrumentos adecuados, es decir, una observación que no contempla los factores extragramaticales.<sup>11</sup>

Así, los autores sostienen que un «cierto número de variables lingüísticas que han sido estudiadas revelan una compleja *estructura sociolingüística* en la cual el valor de la variable está determinado por diversos factores sociales y lingüísticos» (1968: 167; énfasis en el original). Esta estructura sociolingüística es, por supuesto, un constructo teórico, pero uno que tiene la pretensión de representar el comportamiento de una comunidad. La sistematicidad de la variación solo puede ser observada como tal cuando los elementos lingüísticos que varían son puestos en correlación con variables o factores tanto lingüísticos como sociales y cuando se reconoce una co-variación estadísticamente significativa. Por lo tanto, es una comunidad de habla (a través del comportamiento lingüístico de sus miembros) la que muestra o presenta la estructura y a la que se le puede adscribir algún tipo de orden; la imposición de un sistema *homogéneo* artificial (como el estructuralista) resulta, así, inadecuada.

La idea de una comunidad de habla es ilustrada por los autores en términos extensionales:

---

<sup>11</sup> La negación de la variación libre, no niega, sin embargo, que exista variabilidad no predecible como consecuencia del mecanismo del aparato articulatorio.

También encontramos en muchas comunidades de habla distintas formas de la misma lengua que coexisten en aproximadamente la misma proporción en todas las subregiones geográficas de la comunidad. Este es el caso no solo de áreas urbanas como la ciudad de Nueva York, Londres, o París, sino también en comunidades rurales tales como: Hemnes, Norway, o Martha's Vineyard, Massachusetts. Estas formas coexistentes se conocen como «estilos», pero también como «estándares», «replana», «jergas», «habla anticuada», «niveles culturales» o «variedades funcionales» (1968: 159).

Los autores afirman que una comunidad de habla maneja una lengua internamente diversificada, aunque parecen entender por esta a un objeto más delimitado que una lengua histórica. La comunidad de habla, cuyo comportamiento pretende ser representado con una *estructura sociolingüística*, es un objeto real, concreto y en la medida en que se halla compuesta por personas, es tanto social como psicológica. Nótese que la caracterización de una comunidad de habla incluye el concepto de «distintas formas de la misma lengua» que coexisten. Esta noción está claramente relacionada con la de variedad que discutimos líneas arriba. Sin embargo, las nociones de «estilo», «estándar», «replana», «jerga», etc. se refieren no solo a objetos postulados por el lingüista, sino también a ideas comunes entre los hablantes. Los autores parecen enfatizar la heterogeneidad esencial del lenguaje pero, además de esto, ellos están señalando la existencia de sistemas simultáneos, reconociendo así la idea del diasistema.

¿Cómo superan los autores la brecha entre el sistema (homogéneo) y el comportamiento heterogéneo de la comunidad? Su aproximación al lenguaje sostiene que los diferentes sistemas coexistentes que componen una lengua no se encuentran simplemente ahí unos junto a los otros (por así decir), sino que se encuentran en «competencia», esto es, los miembros de una comunidad de habla seleccionan los elementos o reglas de un sistema o del otro sobre la base de razones funcionales, en el sentido de que la elección de uno no es completamente equivalente a la elección del otro. Más aun, la elección de una forma en lugar de otra se encuentra gobernada por diversas reglas que incluyen factores gramaticales y extragramaticales:

El carácter heterogéneo de los sistemas lingüísticos discutidos hasta este punto es el producto de combinaciones, alternancias, o mosaicos, de distintos subsistemas que se encuentran disponibles a la vez. Cada uno de

estos subsistemas es concebido como un cuerpo coherente e integral de reglas del tipo categorial, neogramático: el único aparato teórico adicional que se necesita es un conjunto de reglas que expliciten las condiciones para la alternancia (1968: 145).

Como puede verse, los subsistemas son, en sí mismos, estructuras formales que podrían recibir un análisis estructural por parte del lingüista (en el sentido visto antes de Coseriu 1981), que se encuentran a disposición del hablante. En otras palabras, es el hablante el que elige el subsistema que quiere realizar o en el que quiere actuar. Sin embargo, la elección no es libre, sino que obedece a un conjunto de condiciones que, según los autores, son representables por reglas variables, esto es, reglas que exponen explícitamente tanto las condiciones (gramaticales y extragramaticales) bajo las cuales ocurren los fenómenos lingüísticos específicos, como la probabilidad de su ocurrencia.

Con respecto al estatus psicológico de esta propuesta, Weinreich, Labov y Herzog (1968: 173) son explícitos en sostener que este tipo de reglas obedece a la «gramática de una comunidad de habla», no de un «idiolecto».<sup>12</sup> De esta manera, constituyen una representación clara (e indudablemente adecuada) de un aspecto sistemático del comportamiento lingüístico de una comunidad. Debería ser claro, sin embargo, que no son sino generalizaciones estadísticas (o reducciones estadísticas) del comportamiento de diversos individuos. Cuando uno pasa a la cuestión de cómo esta figura macroscópica se relaciona con el mundo microscópico (esto es, psicológico) del hablante, uno encuentra que no tiene sentido describir a este último por medio de reglas variables del tipo recién presentado, lo cual no significa que la descripción del primero por medio de tales reglas sea inadecuada o injustificada.

La elección por parte del individuo de un subsistema o de otro en una determinada situación es algo que no puede ser reducido a la estadística por el simple hecho de que se trata de un fenómeno que

---

<sup>12</sup> Existen ciertos pasajes en la literatura sociolingüística que pudieran hacer pensar que las reglas variables son adscritas al individuo; véase Newmeyer (1983: 78-9) para una presentación de algunas de ellas. Otra idea que puede ser confusa es, por ejemplo, la de López Morales (1989) según la cual las reglas variables caracterizan a la «competencia sociolingüística» de la comunidad. Esta idea es confusa dada la naturaleza psicológicamente individual de la noción de «competencia» y la naturaleza no psicológica del concepto expresado por el término «sociolingüística».

involucra a la voluntad humana. La estadística de un comportamiento de la comunidad como un todo, sin embargo, sí es informativa acerca de las *probabilidades* de elección de una forma o de una regla por un hablante de ciertas características (según su sexo, edad, nivel socio-cultural, etc.) y en cierta situación (formal, coloquial, etc.). Esta información es importante para cualquier persona interesada en las propiedades del lenguaje, a pesar del hecho de que no puede hacerse ninguna *predicción* respecto al comportamiento del individuo.

Los autores reconocen que «el cambio de estilo (*style switching*) [es] un hecho permanente que no compromete la sistematicidad de cada estilo como un objeto de descripción lingüística» (1968: 160), y le atribuyen a Jakobson (1931) el reconocimiento de esta posibilidad de elegir entre subsistemas diafásicos independientes por parte del hablante. Asimismo, reconocen «el mecanismo de cambio (*switching*) entre los estratos que están funcionalmente disponibles a todos los miembros de la comunidad» (1968: 162), idea que atribuyen a Gumperz (1964). Además de esto, ellos sostienen la idea de que algunos hablantes pueden controlar de manera activa más de un dialecto geográfico. Vale la pena notar que el hablante no tiene que demostrar un manejo activo de todos estos subsistemas para que se le pueda adscribir el dominio de los mismos; el conocimiento pasivo de los subsistemas puede revelarse en el entendimiento cotidiano de tales variedades o en la capacidad de reconocimiento del origen de alguien sobre la base de su habla.

La situación así descrita presenta, sin embargo, algunos problemas. En primer lugar, si el hablante es capaz de cambiar de subsistemas o variedades, esto significa que, de alguna manera, los conoce. Pero se ha sostenido arriba que la noción de variedad es un mero constructo teórico, sin correlato social o psicológico. En segundo lugar, si se entiende que cada subsistema es un «cuerpo coherente e integral de reglas», como se afirma en el pasaje de Weinreich, Labov y Herzog citado líneas arriba, esto supone atribuirle al hablante una diversidad de «cuerpos coherentes e integrales de reglas»; esto, sin embargo, no tiene mucho sentido si tomamos en cuenta que los subsistemas involucrados en el *code switching* (Cambio de códigos) se superponen en gran medida (siendo «formas de la misma lengua»). Más bien que conocer diferentes variedades, subsistemas o cuerpos coherentes e integrales de reglas, parece ser que el hablante domina un número finito de elementos y reglas, es decir, un repertorio de rasgos lingüísticos, y que es el lingüista el que «encuentra» diferentes

subsistemas o variedades en su descripción del conocimiento del hablante. Esto puede ilustrarse mediante la figura 1 (donde *F* representa los rasgos y *S* los subsistemas):

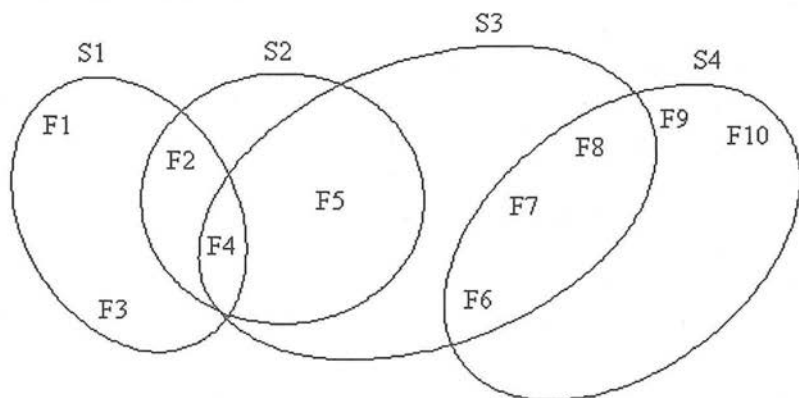


Figura 1. Repertorio de rasgos del hablante y sistemas del lingüista

Así, estrictamente hablando, un hablante no conocería «sistemas» sino más bien «repertorios de rasgos» heterogéneos en los que el lingüista impondría estructuras homogéneas. La noción de un *sistema lingüístico cognitivo* sería otra manera de imponer un constructo teórico *homogéneo* sobre el conocimiento *heterogéneo* del hablante, de manera similar a la superposición de las variedades estructurales homogéneas sobre la lengua histórica heterogénea. Propongo llamar a esta forma de concebir el conocimiento lingüístico del individuo una visión *atomista* del mismo (por oposición a una visión *sistemática*).<sup>13</sup>

En tercer lugar, la situación descrita por Weinreich, Labov y Herzog resulta inadecuada por suponer reglas que gobiernan el cambio que el individuo lleva a cabo entre diferentes sistemas. Si, como acabamos de ver, tales sistemas no existen *per se* en la mente del hablante, no tiene sentido decir que haya reglas que gobiernan el paso de uno a otro. Por otro lado, no puede haber reglas que gobiernen la elección del individuo para usar una u otra forma, pues la elección es impredecible (aunque sea estadísticamente más o menos probable desde el punto de vista de la comunidad). Vale la pena enfatizar que este ar-

<sup>13</sup> En la siguiente sección, me ocupo más extensamente del asunto de la competencia o conocimiento lingüístico del individuo desde el punto de vista generativista.

gumento no invalida las ideas acerca de la gramática de la comunidad o la adecuación de las reglas variables; simplemente, señala que no puede sostenerse nada acerca del mecanismo psicológico individual de la alternancia entre variedades. *Stricto sensu* un individuo puede escoger una regla o un elemento en lugar de otro, pero no puede cambiar entre sistemas enteros.

La explicación del cambio lingüístico propuesta por Weinreich, Labov y Herzog (1968) también puede echar algunas luces sobre la visión atomista que propongo del conocimiento lingüístico. Mientras que Saussure, restringido por su antinomia sincronía-diacronía, consideraba el cambio lingüístico como una sucesión de diferentes estados de lengua, Weinreich, Labov y Herzog (1968: 102) proponen una explicación en la cual el desarrollo del lenguaje es visto como un proceso continuo; de acuerdo con ellos, «la estructura lingüística de una comunidad compleja se transforma en el curso del tiempo de modo que, en algún sentido, tanto la lengua como la comunidad permanecen siendo las mismas pero la lengua adquiere una forma diferente».

Según los autores, el mecanismo que permite este tipo de cambio se basa en el hecho de que la lengua de una comunidad no es homogénea, sino que presenta una heterogeneidad ordenada y está compuesta de sistemas permanentemente transicionales. Los sistemas son transicionales en el sentido de que están compuestos por elementos o reglas marcados por el rasgo «arcaico / innovador» (1968: 184). Algunos de estos elementos o reglas son aprendidos por los hablantes nuevos en virtud de su particular contacto social, de ahí la denominación de *innovadores*. Asimismo, algunos de ellos son abandonados (gradualmente) por algunos hablantes y pasan a ser, de este modo, considerados *arcaicos*. El carácter psicológico de este proceso se ve claramente expresado en el siguiente pasaje:

Esta transición o transferencia de rasgos de un hablante a otro parece tener lugar a través de la mediación de hablantes bidialectales o, de manera más general, de hablantes con sistemas heterogéneos caracterizados por diferenciación ordenada. Los cambios tienen lugar: (1) cuando un hablante aprende una forma alternativa, (2) durante el tiempo en que las dos formas existen en contacto en su competencia y (3) cuando una de las formas se vuelve obsoleta (*loc. cit.*).

Este proceso puede entenderse mejor si se asume que la forma nueva es incorporada al «repertorio lingüístico» de rasgos del hablante (1) y

ahí coexiste con la forma funcionalmente alternativa (2). La coexistencia es difícil de entender si se asume que la nueva forma es incorporada a un sistema, puesto que la mera incorporación de la forma nueva lo convertiría en otro. Si alternativamente, suponemos que el sistema original permanece idéntico, entonces es necesario postular la creación de otro sistema nuevo idéntico en todo al original excepto en que posee la forma nueva y excluye la forma alternativa que pasará a ser obsoleta; por las razones expuestas, parece obvio que una concepción del conocimiento lingüístico como la que esquematiza la figura 1 resulta más plausible que esta última.

Es importante notar que Weinreich, Labov y Herzog (1968: 156) hablan del «repertorio lingüístico» como el lugar donde coexisten las formas alternativas aprendidas por los hablantes. Sin embargo no hacen explícita la forma en que este repertorio se relaciona con los sistemas que (supuestamente) domina el hablante. Probablemente, esta omisión se deba a que los autores no abordan centralmente el problema de la representación lingüística en la mente del individuo, por su preocupación acerca de la gramática de la comunidad.

En resumen, Weinreich, Labov y Herzog (1968) proponen una teoría del cambio lingüístico basada en la concepción del lenguaje como un conjunto de subsistemas coexistentes que constituyen una estructura sociolingüística. De acuerdo con ellos, una lengua no puede ser entendida de manera cabal sin introducirla en el ámbito social, dado que la organización interna de la estructura sociolingüística depende tanto de factores o variables gramaticales como extragramaticales. No hay duda acerca del enorme valor de la propuesta de estos autores para la lingüística; su habilidad para articular, dentro de la dinámica social, diferentes fenómenos fundamentales, como el cambio de estilo, el contacto lingüístico, así como la dialectología social y geográfica, con el fin de explicar el cambio lingüístico es una de las mayores contribuciones a la disciplina.<sup>14</sup> Sin embargo, como he tratado de mostrar, su idea de sistema, aunque supera algunos de los problemas de la visión estática del lenguaje que presenta Saussure, es todavía dependiente de un punto de vista estructuralista, no representacional de la variabilidad del lenguaje. Los autores sostienen (de manera apropiada, desde mi punto de vista) que la variación o heterogeneidad ordenada de una comunidad de habla puede ser representada por

---

<sup>14</sup> Ver Labov (1994) para una versión más reciente y completa de esta propuesta.

una gramática que incluye reglas variables y este es un claro punto en el que ellos superan o mejoran la visión estructuralista del lenguaje. Pero en la caracterización de los mecanismos psicolingüísticos que explican el cambio o el contacto lingüístico, su noción de sistema parece inadecuada. La propuesta que yo presento sugiere que la visión estructuralista de sistema debería permanecer como una noción abstracta no representacional (ni de objetos sociales ni de objetos psicológicos) y sostiene que el conocimiento lingüístico del individuo es *atomista* en el sentido de que el hablante es permeable a diferentes datos que son incorporados en su repertorio lingüístico. Coincido con Weinreich, Labov y Herzog en que la elección de rasgos lingüísticos (elementos o reglas) disponibles para el hablante se encuentra condicionada (nunca *determinada* dado que se trata de elecciones por parte de personas) por factores gramaticales y extralingüísticos describibles adecuadamente desde una perspectiva macroscópica por medio de herramientas estadísticas, pero los sistemas coexistentes que aparecen desde este punto de vista no son exactamente lo que el individuo conoce; pueden ser construidos por el lingüista pero no tienen realidad psicológica como tales, ya que lo que el hablante de hecho conoce son meramente repertorios de rasgos.

## 6. La noción de competencia individual

Como se mencionó antes, la gramática generativa puede ser considerada una alternativa a la aproximación estructuralista no representacional. Aquella sostiene que el lingüista puede diseñar una estructura ordenada y considerarla como representación del conocimiento lingüístico del individuo, esto es, como una teoría de la competencia lingüística del hablante. La heterogeneidad del lenguaje parece ser considerada una consecuencia de la *performance* del hablante del uso real de su conocimiento por el hablante. Aunque el foco se centra en el individuo, el siguiente pasaje (tantas veces citado) de Chomsky (1971: 5-6) parece sugerir una idea diferente:

Lo que concierne primariamente a la teoría lingüística es un hablante-oyente ideal, en una comunidad lingüística del todo homogénea, que sabe su lengua perfectamente y al que no afectan condiciones sin valor gramatical, como son limitaciones de memoria, distracciones, cambios del centro de atención e interés, y errores (característicos o fortuitos) al

aplicar su conocimiento de la lengua al uso real. Esta me parece que ha sido la posición de los fundadores de la lingüística general moderna, y no se ha dado ninguna razón convincente para modificarla. Para estudiar el uso lingüístico real debemos considerar la interacción de muy varios factores, de los cuales la competencia subyacente del hablante oyente es solamente uno. En este sentido, el estudio del lenguaje no difiere de la investigación empírica de otros fenómenos complejos.

La mención a un hablante oyente ideal en lugar de uno concreto se presenta, pienso, como un recurso metodológico que busca evitar la concurrencia de otros factores, que no son gramaticales por naturaleza, en la empresa de caracterizar el conocimiento lingüístico. Cambios súbitos de intención, de atención o problemas de memoria se presentan normalmente cuando uno habla o escucha una conversación o cuando piensa utilizando el lenguaje y pueden condicionar la producción de enunciados. Estos actos de performance o hechos de habla involucran, como eventos psicolingüísticos, el conocimiento gramatical del individuo concreto, pero dado que en estos eventos dicho conocimiento se manifiesta acompañado o coexistiendo con factores extragramaticales, resulta útil tratar de considerarlo en aislamiento con el fin de encontrar sus límites definitorios; así, lo que sostiene Chomsky parece ser tan solo una propuesta metodológica aunque, uno debe reconocerlo, no verbalizada de la manera más feliz.

Un asunto muy diferente es sostener que el hablante oyente pertenezca a o se encuentre «en una comunidad lingüística del todo homogénea». Especulando sobre el significado de esta noción podríamos pensar que se refiere a una comunidad en la que todos los individuos conocen exactamente lo mismo. Aunque no existe objeción en principio a este constructo teórico uno podría preguntarse acerca de su propósito o utilidad. Si la empresa generativista busca la caracterización del conocimiento lingüístico, ¿por qué esta preocupada o qué puede interesarle de un grupo de individuos que supuestamente saben o conocen todos lo mismo? Una respuesta posible a esta pregunta es que Chomsky está interesado en caracterizar el conocimiento del individuo como el conocimiento de un *solo sistema*. Esta interpretación encuentra mayor fundamento en el hecho de que el autor afirme que el hablante oyente ideal también «sabe su lengua perfectamente». ¿Qué puede significar esto último? Probablemente no significa que el hablante oyente ideal conoce la lengua en su entera variación (el diasistema completo, por así decir); es más probable que Chomsky

quiera decir que la comunidad de habla (homogénea) se encuentra compuesta por individuos equipados con el mismo conocimiento, el conocimiento de un único sistema homogéneo.

Pero si esta interpretación es correcta, entonces el recurso metodológico de un hablante oyente ideal corre peligro, dado que ahora podría ser interpretado como una propuesta empírica: los hablantes concretos dominan un sistema homogéneo que interactúa con otros factores durante la performance. Y esto, por supuesto, es inaceptable por los argumentos presentados en las secciones previas de este trabajo. Sin embargo, todavía podríamos mantener la argumentación de Chomsky y tratar de caracterizar el conocimiento lingüístico de un hablante (independientemente de factores extragramaticales, por lo tanto, adoptando la idealización metodológica) como uno que no implica un sistema homogéneo único sino que incluye muchos rasgos diferentes.

Desde mi punto de vista el intento generativista de describir explícitamente el conocimiento de los rasgos lingüísticos que caracteriza a los hablantes es un avance trascendental en el campo de la lingüística. Asimismo, su propuesta de que el estado mental o psicológico del individuo (o la estructura neurobiológica que lo subyace) es el objeto de estudio, así como la base fundamental que le da a la teoría su poder (o pretensión) explicativo es uno de los asuntos más importantes que guían la investigación lingüística en el presente.<sup>15</sup>

En lo que sigue de esta sección discutiré la noción generativista de la competencia individual y su relación con la performance lingüística. Intento mostrar que existe un hiato esencial entre ambas debido a que la primera es una noción mental y la segunda una noción física y que no existe un vínculo claro o directo entre ellas. Más concretamente, propongo que no se puede sostener que exista un «uso del sistema lingüístico» durante la performance. Aunque no existe ninguna propuesta clara para caracterizar la relación entre competencia y performance (dado que, como sostengo más abajo, pertenecen a ámbitos irreductibles de la realidad), el análisis de algunos casos particulares sugiere la idea de que la competencia sirve como «background» o «tras-

---

<sup>15</sup> La idea de que las afirmaciones o constructos de la teoría deben tener realidad psicológica muestra la intención de los generativistas de construir una explicación representacional de la realidad. Por otro lado, el que Chomsky (1986) sostenga que la gramática generativa representa una teoría «más realista» debido a esta pretensión sugiere una reducida ontología por parte del mismo, por decir lo menos

fondo» para la performance. Esta relación particular hace posible sostener que el hablante conoce una serie de rasgos lingüísticos de una manera atomista y que, durante la performance, elige entre ellos, lo que explica la variación y heterogeneidad ordenada características del habla.

Como vimos arriba, una de las asunciones fundamentales del programa de investigación generativista es que su objeto de estudio es mental por naturaleza. El pasaje citado antes puede no ser suficientemente claro en este respecto, pero trabajos posteriores presentan esta idea de manera más explícita; por ejemplo, Chomsky (1986: 3) contextualiza esta concepción dentro de la historia de la lingüística como un «cambio de foco en la aproximación al lenguaje» que va «del comportamiento o los productos de este comportamiento a los estados de la mente/cerebro que intervienen en el comportamiento». Este cambio se opera desde los conceptos del lenguaje que sostenían los conductistas y los descriptivistas (lo que Chomsky llama *lingua-E(xterna)*), al sistema de conocimiento que un hablante adquiere, el cual le permite producir y comprender enunciados de una lengua particular, sistema que subyace al comportamiento lingüístico (la llamada *lingua-I(nterna)*). Así, el «punto de partida» de la gramática generativa es el de la «psicología individual» (*loc. cit.*).

Chomsky (1986: 22) sostiene, sin embargo, que cualquier referencia a la mente debería ser entendida en términos físicos, esto es, como si estuviésemos hablando acerca del cerebro «en un cierto nivel de abstracción». Esta suerte de ecuación de discursos que corren paralelos en diferentes niveles de abstracción (el mentalista y el fisicalista) es expresada por Chomsky mediante el término «mente/cerebro». Se trata de una herramienta útil que le permite sostener propiedades universales del lenguaje desde una perspectiva mentalista y, sin embargo, atribuirles a la herencia biológica de los seres humanos, otra de las asunciones fundamentales de la gramática generativa.<sup>16</sup> Constituye, sin embargo, una movida ilícita que lleva a algunos malentendidos que trataré de señalar a continuación.

---

<sup>16</sup> Esta es una asunción que es, en cierta medida, independiente de la evidencia lingüística; el argumento de la pobreza del estímulo solo nos conduce a la conclusión de que existe conocimiento que no es derivable del *input* al que tiene acceso el aprendiz, pero no implica que este conocimiento (un término mentalista) tenga una contraparte biológica ni que sea innato. Véase V. Cook (1991) para un análisis profundo de las consecuencias del argumento de la pobreza de estímulo.

El principal de ellos se relaciona con la confusión de objetos que pertenecen a ámbitos diferentes de la realidad y a la postulación de relaciones entre ellos que no pueden existir. Aunque Chomsky (1980: 5) sostiene explícitamente que no quiere ir más allá del mundo físico cuando habla de la «mente», yo no veo cómo esto pueda evitarse. Una idea que podría ser útil para ilustrar (por analogía) lo que quiero decir es la siguiente. Mi representación mental del color azul no es idéntica a los procesos neurológicos que tienen lugar en mi cerebro cuando yo percibo algo azul. Aquellos procesos podrían ser grises, rojos o incluso negros (ahí dentro) pero lo son para un observador externo, no para mí: en mi conciencia solo existe azul. No veo ninguna manera en la cual esta representación podría ser descrita o caracterizada en términos que no se refirieran a la mente, esto es, a la representación misma. Por supuesto, los procesos físicos que de hecho ocurren en mi sistema nervioso simultáneamente a mi representación mental, pueden ser descritos en términos neurológicos, pero esos procesos no son mi representación.

De acuerdo con Chomsky (1986: 5) el sistema de conocimiento que los seres humanos adquieren y poseen, «pueden ser útilmente considerados como un modelo de sistemas computacionales de reglas que forman y modifican representaciones, y que se ponen en uso en la interpretación y la acción».<sup>17</sup> Esta cita sugiere la distinción entre las nociones de «competencia gramatical» y «performance» de una manera estricta: mientras que la primera se identifica con una lengua-I y es caracterizada como un sistema computacional de reglas y representaciones, la última se identifica con la lengua-E, siendo su relación con la competencia la del resultado de poner en uso el sistema de conocimiento. Vale la pena notar que esta noción de competencia no incluye todo el conocimiento lingüístico que los hablantes poseen, el cual, además de guiar la construcción estrictamente gramatical, le permite decidir qué decir y cómo decirlo en circunstancias diferentes. Este último conocimiento algunas veces llamado «competencia prag-

---

<sup>17</sup> En otra parte, Chomsky caracteriza el conocimiento del lenguaje como una «estructura mental que consiste de un sistema de reglas y principios que generan y relacionan representaciones mentales de diversos tipos» Chomsky (1980: 48). Lo relevante de esta cita es la presencia de la idea de principios como parte del lenguaje-I. Dados los contenidos de Chomsky (1986), asumiré que esta idea se subsume en la palabra *reglas* de la cita presentada antes, y la usaré en este sentido amplio a lo largo del presente trabajo.

mática» es considerado por Chomsky (1980: 59) como un componente importante del objeto de estudio de la lingüística pero distinto del sistema computacional de reglas y representaciones que constituye la competencia gramatical, la gramática mental del hablante. Es importante tener en cuenta lo que hemos supuesto arriba, a saber, que Chomsky está idealizando una gramática mental homogénea o compuesta por un solo sistema. Si asumiéramos una gramática mental atomista, tendríamos que postular que el hablante también posee el conocimiento necesario para elegir entre los rasgos lingüísticos disponibles para él o para ella.

Dos preguntas aparecen de manera natural en este punto: 1) ¿cómo puede un sistema computacional de reglas y representaciones modelar una gramática mental? y 2) ¿qué significa poner en uso un sistema computacional lingüístico de reglas y representaciones? En primer término, trataré de caracterizar lo que pienso que Chomsky quiere decir por lengua-I como un sistema computacional de reglas y representaciones (a saber un sistema mental) y luego criticaré la idea de que tal sistema es puesto en uso durante la ejecución de los procesos involucrados en la comprensión o producción de enunciados arguyendo que las reglas de la competencia gramatical no pueden intervenir en la performance.<sup>18</sup> Asimismo, mostraré que esta distinción fuerte entre competencia mental y actuación física apoya la idea de la gramática atomista.

El punto de partida para cualquier caracterización de la lengua es la observación de que ésta es usada por seres humanos: ellos *producen* enunciados, los *entienden* y (crucialmente para la gramática generativa) *pueden dar juicios de aceptabilidad* acerca de los mismos. Estas diferentes manifestaciones del comportamiento lingüístico presentan un cierto grado de *regularidad* y *variación*. Un ejemplo de regularidad y variación en la *producción* es el siguiente. Los hispanohablantes de ciertos dialectos normalmente producen enunciados como el que aparece en (1):

(1) ¡Qué linda tu cartera!

---

<sup>18</sup> Aunque la gramática generativa explícitamente sostiene que el sistema de reglas no pretende describir la performance, la idea de un sistema que es usado al momento del habla es explícita (y confusa) como lo muestra el siguiente pasaje: «los niños sin problema alguno *usan reglas computacionales complejas dependientes de la estructura, más bien que reglas computacionalmente simples*». (Chomsky 1986: 7; énfasis mío).

En este ejemplo, el adjetivo *linda* concuerda en género y número con el nombre *cartera*. Sin embargo, podríamos eventualmente encontrar un enunciado como

(1') ¡Qué lindo tu cartera!

Este enunciado, en el cual el adjetivo no concuerda en género con el nombre pero que, sin embargo, tiene el mismo significado que (1), es «menos normal» que el anterior en términos de su frecuencia de aparición. Así, la producción de (1) puede ser considerada regular, porque (1) es más común que (1'), pero también es obviamente impredecible por la eventual producción de (1'). Ejemplos de regularidad y variación al *entender* enunciados pueden encontrarse en situaciones cotidianas: normalmente entendemos el habla de otras personas, aunque también ocurre que algunas veces no somos capaces de entender plenamente algún mensaje particular. Finalmente, un ejemplo de regularidad en los *juicios de aceptabilidad* puede encontrarse en la opinión de hablantes de español que producen (1) y no (1'): muy probablemente estos hablantes considerarán la primera como perfectamente aceptable y la segunda, como un tanto «rara». Con relación a la variación en juicios de aceptabilidad es común experimentar un cambio en nuestra opinión acerca de la aceptabilidad de algunos de nuestros enunciados: cuando evaluamos introspectivamente la aceptabilidad de una forma lingüística, al principio, puede «sonar» bastante extraña pero conforme nos la repetimos muchas veces comienza a sonar más normal.<sup>19</sup>

Una idea central de la gramática generativa es que podemos dar cuenta de las regularidades creativas en la *producción* del lenguaje atribuyéndoles a los hablantes el conocimiento de un sistema gramatical mental y que podemos atribuir la variación a factores externos a este conocimiento que afectan el uso real. Así, por ejemplo, (1) podría ser un enunciado que resultara de un uso impecable de nuestro conocimiento mientras que (1') podría ser un enunciado afectado, por ejemplo, por decidir súbitamente no decir lo que habíamos planeado (un falso arranque). Imaginemos que planeamos decir

---

<sup>19</sup> Nagata (1988) muestra que lo contrario también ocurre: tanto las oraciones gramaticales como las agramaticales fueron consideradas más agramaticales por los sujetos de su experimento debido a la repetición. Nagata (1988) también muestra que el modo en el que las oraciones son presentadas al hablante también produce cambios en sus intuiciones.

(1'') ¡Qué lindo tu bolso!

Imaginemos más aun que empezamos a decir *qué lindo* pero que (por alguna razón) cambiamos de opinión y terminamos de decir *tu cartera*.

Asimismo, la regularidad en el *entendimiento* puede ser atribuida a la gramática mental; la variación, por otro lado, puede ser atribuida a factores extragramaticales: regularmente recibimos y entendemos enunciados en virtud de nuestra gramática mental (y, por supuesto, también por nuestro conocimiento del mundo), pero algunas veces podemos estar distraídos o cansados o en algún otro estado y no tener éxito en procesar adecuadamente y entender el input lingüístico.

Finalmente, la regularidad en los *juicios de aceptabilidad* se considera el mejor indicador de la forma de nuestro conocimiento lingüístico bajo la asunción de que las intuiciones del hablante nativo son un buen reflejo de dicho conocimiento (aunque no se le considera un reflejo perfecto; véase Chomsky 1986: 36). La variación, en este caso, puede ser atribuida a una habituación superficial (por así decir) debida a la repetición artificial de un enunciado a uno mismo o a aprendizaje real. Por ejemplo, la primera vez que me topé con la siguiente forma perteneciente al dialecto español de Puerto Rico:

(2) El más que me gusta.

la encontré bastante extraña dado que en mi dialecto se expresa como (2'), con la palabra *más* y la palabra *que* en el orden inverso:

(2') El que más me gusta.

Conforme he ido familiarizándome con (2), por escucharla más seguidamente, ha dejado de parecerme extraña; más aun, últimamente, me encuentro a mí mismo usándola algunas veces.

Hasta aquí hemos visto que las regularidades encontradas en el uso del lenguaje son la base sobre la cual el analista diseña la estructura de la gramática mental. También hemos visto que este conocimiento es conceptualizado como un sistema de reglas que forman y modifican representaciones; en otras palabras, que el conocimiento gramatical que caracteriza al hablante es considerado como la capacidad para construir (o generar) ciertas representaciones mentales y lingüísticas. Ahora debemos abordar el problema de la relación entre

el conocimiento y la producción de enunciados concretos. Estos últimos son asumidos como entidades del mundo físico con una primera fase fisiológica en el sistema neurológico del hablante, con una realización acústica debida a los movimientos del aparato articulatorio que, a su vez, tiene efectos fisiológicos en los sistemas auditivo y neurológico del oyente. ¿Cómo es que se relacionan las representaciones mentales con los enunciados? Con el fin de ilustrar la relación entre estos dos objetos lingüísticos, consideremos el siguiente ejemplo del inglés:

(3) Who did you play with?

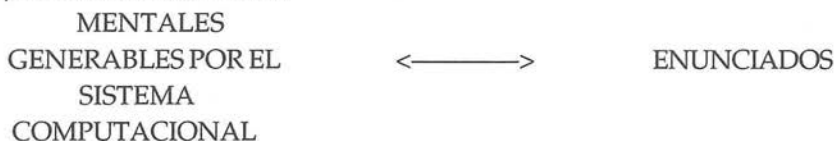
«¿Con quién jugaste?»

Asumamos que (3) representa un enunciado producido en cierto momento y espacio por un cierto individuo dentro de un cierto conjunto de circunstancias simultáneas. Imaginemos que este enunciado fue percibido y entendido por un hablante de inglés; imaginemos más aun que este mismo enunciado fue percibido (probablemente de manera diferente, asumiendo la diferencia entre estímulo y percepción) y no entendido por un hablante de español. Lo que Chomsky sostendría es que el primer hablante fue capaz de entender (3) en virtud de su gramática mental y de su lexicón mental, mientras que el último no pudo entenderlo precisamente porque no posee estos dos tipos de conocimiento.

¿Cómo es que la competencia gramatical le permite al hablante de inglés entender este enunciado? Como se sabe, una asunción fundamental de la gramática generativa es que la estructura de la mente es modular. Según esta propuesta, el módulo lingüístico, está interconectado con el módulo de la mente encargado de la interpretación (el módulo conceptual o del conocimiento del mundo, si uno quiere); la idea es que las representaciones lingüísticas son objetos mentales interpretables por el módulo conceptual. Esta visión de la interpretación requiere que los enunciados (meros objetos físicos) sean representados lingüísticamente en la mente. En otras palabras, es necesario «transformar» (o «transustanciar») un objeto físico (el enunciado) en un objeto mental (la representación lingüística). Por supuesto, nadie sabe realmente cómo se lleva a cabo este proceso; se trata, probablemente, de uno de los problemas más difíciles de ser resuelto por el conocimiento humano (asumiendo que no se trate de un misterio irresoluble), dada la dificultad de comprender la diferencia entre los aspectos mentales y físicos de la realidad.

Existe, por lo tanto, un obstáculo en nuestro intento de comprender cómo un enunciado puede ser mentalmente representado y, consecuentemente, interpretado. Así, a lo más, podemos postular una relación de *asociación* entre los enunciados físicos y las representaciones mentales generables por las gramáticas de los hablantes; el siguiente esquema intenta representar esto:

(4) REPRESENTACIONES



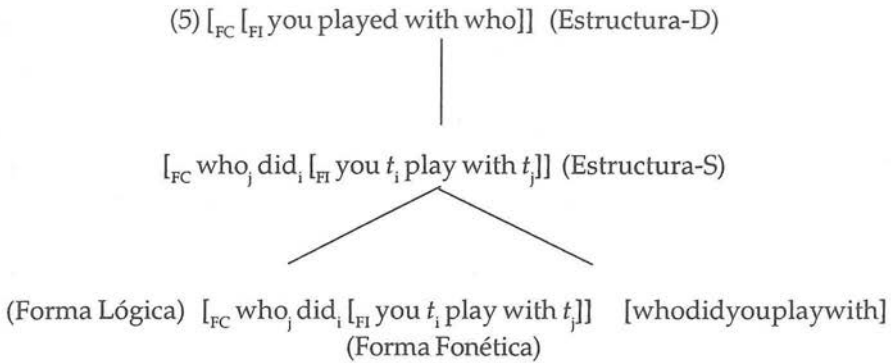
La doble flecha en este esquema representa la no direccionalidad de esta relación. Debería notarse que, crucialmente, esta relación no es causal: el enunciado que afecta al oyente no «produce» una representación mental. Es la competencia lingüística del individuo la que produce representaciones que pueden asociarse con los enunciados internalizados.<sup>20</sup>

Aunque no podamos entender cabalmente cómo se lleva a cabo esta asociación, por lo menos podemos hipotetizar que la gramática mental genera (infinitamente) representaciones formales que de alguna manera pueden «corresponder» con algunos enunciados físicos pero no con otros. En otras palabras, podemos tratar de describir la estructura de las representaciones que la gramática mental genera y que el hablante, de algún modo, asocia con los enunciados. El siguiente esquema ilustra una de las infinitas representaciones mentales generables por un hablante de inglés, una que puede ser asociada con el enunciado número (3).<sup>21</sup>

---

<sup>20</sup> Esto puede ser entendido por analogía con el sistema inmunológico. Estrictamente hablando un microorganismo que nos invade no *produce* anticuerpos específicos; es el sistema el que los produce.

<sup>21</sup> Esta representación corresponde al modelo gramatical conocido como Principios y Parámetros (Chomsky 1986), cuyos detalles no son relevantes para la presente discusión. Debe advertirse, sin embargo, que (5) constituye un esquema sencillo de una representación mental, que solo ilustra su forma general.



En primer lugar, puede verse que las representaciones mentales son complejas, al estar compuestas por diferentes niveles. En segundo lugar, puede notarse que ninguno de estos niveles corresponde al nivel del enunciado. Esto representa adecuadamente el hecho de que las representaciones mentales generables por el sistema computacional de reglas son esencialmente independientes de los enunciados y que estos últimos simplemente se asocian con aquellas. Así la estructura-D, la estructura-S, la forma lógica y la forma fonética que aparecen en (5) constituyen los diferentes niveles en los que los hablantes de inglés se representan los diversos enunciados en su mente; en otras palabras, un enunciado como (3) es asociado con estas cuatro representaciones (o con esta compleja representación compuesta de cuatro niveles).

Desarrollemos un poco esta idea: una persona que *percibe* el enunciado (3) es capaz de «asociar» el continuo acústico percibido con una cadena mental de elementos discretos sucesivos generable por su gramática internalizada: una forma o representación fonética. Asimismo, para lograr la comprensión del enunciado (3), esta persona debe ser capaz de agrupar estos elementos fonéticos de manera que correspondan a elementos de otros niveles (morfemas, palabras o frases), así como de identificar las relaciones entre predicados y argumentos, operadores y variables, etc. Esto es, precisamente, lo que representan los otros tres niveles de representación que aparecen en (5). Así, los diferentes niveles de representación de (5) pretenden codificar los diversos «aspectos» o «facetas» con las que un enunciado se asocia mentalmente; todos ellos son generables por una gramática mental en presencia del enunciado, aunque ninguno de ellos sea «efecto directo del mismo».

Por su parte, cuando *producimos* un enunciado, la relación entre éste y la representación mental que se genera por la gramática internalizada es exactamente la misma que en el caso de la percepción de un enunciado, a saber, *asociación*. La producción real de un enunciado presupone (por asunción) el conocimiento de una estructura (como la que se muestra en (5)) sobre cuya base es construido; pero esta estructura no describe los procesos fisiológicos o físicos involucrados en el acto de enunciar algo. Este esquema no es dinámico; es, por así decir, el «*background*» o la «base» mental de los procesos involucrados en la performance.

Se ha sostenido líneas arriba, sin embargo, que Chomsky ha propuesto explícitamente que las representaciones mentales, como la que aparece en (5), son el resultado de reglas que forman y modifican representaciones; esto parecería contradecirse con la idea de que la representación (5) no es dinámica. Trataré de demostrar que no existe contradicción en describir, por medio de reglas dinámicas, un sistema de conocimiento estático. Considérese la siguiente inferencia:

- |              |                                |
|--------------|--------------------------------|
| (6)          | a. Juan es más alto que María. |
|              | b. María es más alta que Pedro |
| Por lo tanto | c. Juan es más alto que Pedro  |

Existe un sentido en el que la información expresada por (6c) «*deriva*» de la información expresada en (6a) y (6b); por ejemplo, dada la verdad de (6a) y (6b) podemos deducir que (6c) es también verdadera o, dado (6a) y (6b), podemos concluir (6c). Se puede postular que este tipo de razonamiento es una propiedad de la mente y puede ser descrito por medio de la siguiente regla general:

- (7)      **Regla de Derivación**  
 Dado el conocimiento de que X es mayor que Y, y que Y es mayor que Z, podemos derivar el conocimiento de que X es mayor que Z.

En términos formales, esta regla derivacional toma el primer argumento de la primera premisa y el segundo argumento de la segunda premisa (con tal de que el otro argumento sea común a las dos premisas) y construye una tercera proposición con el mismo predicado precedido por el primer argumento y seguido por el segundo.

Dada esta regla, podemos «*derivar*» proposiciones (un tipo de representaciones mentales) con tal de que se den ciertas propiedades

formales. Pero al «hacer» esto, ¿estamos describiendo un proceso o tan solo maneras diferentes de representar el conocimiento? Es fácil ver que no existe un proceso real en una derivación como (6): si nosotros *sabemos* las dos premisas, entonces también *sabemos* la conclusión.<sup>22</sup> Esta última es simplemente una manera diferente de codificar la información expresada por las primeras, y la regla que se da en (7) es tan solo una representación de nuestra capacidad para vincular proposiciones ((6a) y (6b) con (6c)); sin embargo, el vínculo mismo no es dinámico.

De manera análoga al «proceso inferencial», el conocimiento lingüístico puede ser codificado por un sistema estático que relaciona representaciones de diferentes niveles, estando estas representaciones vinculadas por medio de derivaciones formales. Así, volviendo al enunciado de (3), la gramática mental del hablante de inglés genera una representación lingüística de cuatro niveles que se asocia con dicho enunciado. La representación de forma fonética consta de una cadena de segmentos fonéticos vinculada a la representación de estructura-S por medio de ciertas reglas.<sup>23</sup> La estructura-S codifica información acerca de los elementos sintácticos y de las relaciones entre ellos y se vincula con la estructura-D por medio de la regla derivacional Mueve- $\alpha$ . La asunción principal que motiva la postulación de estos dos niveles de representación es metateórica en cierta medida: la explicación de los hechos es más simple y elegante (y por lo tanto, más plausible, en términos adquisicionales) si suponemos que la preposición *with* 'con' asigna el rol semántico de «compañero» (o algo similar) siempre al elemento al que gobierna, como en el siguiente ejemplo:

(8) You play with *someone*      «Juegas con alguien»

Así, el hecho de que en (3) entendamos que la partícula interrogativa pregunta por un compañero, aun cuando no aparezca adyacente al asignador de este rol, se codifica por dos representaciones mentales vinculadas que muestran a dicha partícula tanto en la posición

---

<sup>22</sup> Nótese que los términos *inferencia*, *deducción*, *conclusión* son confusos dado que nos invitan a concebir un estado (el conocer distintas cosas) como si fuera un proceso.

<sup>23</sup> Existe una enorme cantidad de literatura acerca de este vínculo que constituye el campo de la fonología generativa. Un artículo particular que vale la pena leer por su análisis de estos asuntos es Bromberger y Halle (1992)

de asignación (la estructura-D) como en la posición en la cual es pronunciada (la estructura-S). En otras palabras, el vínculo entre estas dos representaciones corresponde al vínculo que reconoce el hablante entre la partícula interrogativa *What* y la preposición *with* en (3).<sup>24</sup>

En resumen, he presentado una propuesta para la interpretación de la idea de Chomsky de que la competencia gramatical puede ser caracterizada como un sistema que genera representaciones mentales. En particular, he sostenido que esta generación es independiente de los enunciados reales y que la relación entre éstos y las representaciones mentales es de *asociación*, aunque no es claro cómo esta relación pueda establecerse dado que los enunciados físicos y las representaciones mentales son elementos de distintos aspectos de la realidad.

Antes de abordar la segunda pregunta anunciada arriba (*¿qué significa poner en uso un sistema lingüístico computacional de reglas y representaciones?*), es necesario examinar el caso de la generación de representaciones que corresponden a dos representaciones semánticamente equivalentes como las de (2) y (2') (*el más que me gusta* y *el que más me gusta*). Es fácil ver que en el caso de dos personas diferentes que producen, una de ellas el enunciado (2) y la otra el enunciado (2'), es necesario postular representaciones gramaticales mentales diferentes para cada una. Ahora bien, ¿qué ocurre con un mismo hablante que produce sistemáticamente ambos enunciados? En este caso, lo más coherente parece ser proponer que su gramática internalizada genera ambas representaciones mentales. Esto significa que cualquiera que sea el diseño de una gramática particular que el lingüista elija (principios, reglas, etc.) ambas construcciones deben ser consideradas gramaticales para el mismo individuo (esto es, generables por su gramática).

Ahora bien, la *elección del uso* de una forma o la otra no está regida por el sistema lingüístico computacional que genera representaciones.<sup>25</sup> Por lo tanto, es necesario postular otro componente del conocimiento del hablante: uno que le permite elegir sistemáticamente entre

<sup>24</sup> El nivel de representación de forma lógica se postula para dar cuenta de algunos fenómenos que no nos conciernen aquí; la relación entre este nivel y la estructura-S es la misma que se cumple entre los otros niveles, a saber, derivacional en el sentido que se ha descrito antes.

<sup>25</sup> Creo que es tan solo una cuestión terminológica si uno decide usar *gramática* en este sentido restringido o si uno lo amplía con el fin de incluir las condiciones de uso de las formas generables. Lo que importa es considerar que el conocimiento lingüístico comprende estos diferentes aspectos fundamentales.

varias formas. Tal como se ha argumentado antes, las condiciones de uso no son aleatorias y pueden ser correlacionadas con factores gramaticales así como extragramaticales (cf. la sección 5). Las probabilidades de usar una forma o la otra pueden ser calculadas sobre la base de la observación del comportamiento de la comunidad entera. Todo esto, por lo tanto, presupone que ambas formas (2 y 2') pueden ser generadas por la gramática de un individuo para que él elija la más adecuada a sus necesidades (cognitivas o comunicativas). Es esta relación entre la gramática que genera representaciones y la posibilidad de elegir entre ellas en la performance a la que me he referido antes al afirmar que la competencia actúa o funciona como «background» o «base» para la performance.

Este punto puede ser ilustrado de manera más completa con los siguientes ejemplos:

(9) Mi mamá me dejó que fuera a la fiesta.

(9') Mi mamá me dejó ir a la fiesta.

En este caso, las construcciones no pertenecen a diferentes dialectos geográficos (como los ejemplos 2 y 2') sino que son alternativas del español general.<sup>26</sup> En este caso, también las gramáticas particulares de los individuos que conocen y usan (activa o pasivamente) ambas formas deberían estar diseñadas de tal manera que generaran representaciones mentales distintas asociables con cada uno de estos enunciados.

Un asunto similar surge al considerar una forma lingüística como agramatical en ciertos contextos pero gramatical en otros. Examinemos los siguientes ejemplos (de Campos 1986: 354):

- (10) a. Compré un / el libro.  
 b. Lo compré.  
 c. \*Compré.

El autor explica que el verbo comprar «siempre necesita aparecer seguido por una frase nominal objeto de modo que satisfaga el princi-

---

<sup>26</sup> Sería interesante explorar si una forma es más usada que la otra por diferentes segmentos de diferentes comunidades o si es que la primera forma aparece más en ciertas situaciones comunicativas y la segunda, en otras situaciones. Sin embargo estas pesquisas dialectológicas, en sentido amplio, nos alejarían del propósito del presente trabajo.

pio de proyección postulado por Chomsky (1981)». Campos asume que (10b) «contiene un *pro* en la posición de objeto directo del verbo» y concluye que (10c) «sería agramatical dado que *comprar* aparece sin la frase nominal de objeto». Sin embargo, sostiene que (10c) «*es gramatical si es usada en un contexto en el que el objeto de comprar es interpretado como indefinido*» (Campos 1986: *loc. cit.*; énfasis mío) e ilustra su idea con el siguiente ejemplo:

- (11) a. ¿Compraste café?  
b. Sí, *e* compré.

Como es bien conocido, las formas gramaticales son, estrictamente hablando, aquellas que el sistema gramatical genera y las formas agramaticales, aquellas que no son generables por la gramática. Los conceptos *gramatical* y *agramatical* no se refieren a un estatus mudable de las formas; más bien, el primero es una noción teórica usada para caracterizar aquellas formas que se siguen de un conjunto de reglas o principios diseñado artificialmente y el segundo se utiliza para caracterizar aquellas que no se siguen. Así, la gramática que se le adscribe a un individuo que sistemáticamente enuncia o escucha formas como las de (10b) y (10c) (u 11b) debiera generar representaciones para cada una de ellas; de este modo, a la primera debería asignársele una representación (simplificada) como las de (12a), mientras que a la última, una como la de (12b), donde *e* aparece en lugar de una categoría vacía:

- (12) a. Lo compré *pro* (definido)  
b. Compré *e* (indefinido)

Lo que no tiene sentido es considerar como gramatical o agramatical a la misma forma dependiendo del contexto en la que se la usa. Un hablante puede escoger responder a una pregunta sobre un objeto *definido* con (11b) o a una pregunta sobre un objeto *indefinido* con (10b). En cada uno de estos casos, el hablante producirá una respuesta extraña o inapropiada pero con respecto a patrones o principios *discursivos*; en ambos casos el conocimiento *gramatical* proveerá las dos alternativas para que el hablante escoja (en el discurso) entre ellas.<sup>27</sup>

<sup>27</sup> Otra vez, tal como lo sostuve en la nota 25, cabe notar que el uso de la palabra *gramática* no es prerrogativa exclusiva de nadie. Las reglas o principios que gobiernan la construcción de textos (orales o escritos) constituyen lo que se conoce como Gramá-

Nos encontramos ahora en una buena posición para tratar de contestar la segunda pregunta que presentamos antes: *¿qué significa poner en uso un sistema computacional lingüístico de reglas y representaciones?* o, para ponerlo en términos más simples, *¿qué significa emplear o usar una regla de la competencia?* Tal como se observó arriba, la performance, el uso del lenguaje, se manifiesta como la producción y recepción de enunciados y como la capacidad de dar juicios de aceptabilidad acerca de las formas lingüísticas. A continuación argumento a favor de la idea de que no tiene sentido decir que en alguno de estos procesos se utilice o emplee un regla de la competencia.

En el caso de la *recepción* de un enunciado, que se examinó antes, se sostuvo que las reglas generan representaciones mentales de una manera estática, (i.e., la generación no es un proceso *stricto sensu*) que pueden ser asociadas con los enunciados internalizados (en un proceso cuya naturaleza es desconocida a los investigadores). Así, a lo más, las reglas representan el conocimiento con el cual el enunciado es asociado, pero no son *usadas* de manera alguna durante el acto de habla.

Asimismo, es fácil ver que el sistema computacional no se pone en uso cuando el hablante *juzga la aceptabilidad* de un enunciado: no es una cuestión de «ponerse a generar representaciones» dado que, como se ha sostenido antes, esto no tiene sentido. El hablante puede juzgar la aceptabilidad de un enunciado porque conoce o sabe (estáticamente) si el enunciado puede asociarse con una representación mental generable (no generada) por su gramática mental.

Finalmente, ¿se ponen en uso las reglas cuando el hablante *produce* un enunciado? Parece que esta pregunta también debe ser contestada en términos negativos, dado lo que se ha dicho antes acerca de la naturaleza de las representaciones mentales y la relación entre éstas y los enunciados. El enunciado es considerado tal desde que la actividad neuronal involucrada en su producción comienza e incluso puede ser producido por sistemas artificiales de producción de sonidos. Esto muestra su independencia de las representaciones mentales que se «encuentran detrás» o «sirven de base» para su producción.

---

tica del texto o Gramática del discurso (Van Dijk 1977) y comprende distintos tipos de conocimiento además del «gramatical» en el sentido restringido generativista. Ambos sentidos de *gramática* pueden ser ejemplificados por el uso de los artículos definido e indefinido: la gramática en el sentido restringido genera frases con cualquiera de los artículos, pero el uso particular de ambas frases se encuentra gobernado por condiciones semánticas o contextuales que pertenecen a la gramática en el sentido amplio.

Nótese que este hecho hace evidente la diferencia entre la gramática mental y «el saber cómo» articular los enunciados (distinción que no es clara en el discurso chomskiano, (cf. Chomsky, 1980: 4 y 53). Esta última noción se refiere a la capacidad de activar los sistemas neuronal y articulatorio; es una noción que se refiere claramente a la disposición de objetos físicos, como cuando decimos que «sabemos» cómo besar o cómo mover una mano. Llamarle a esta capacidad «saber cómo» sugiere una conexión entre esta capacidad y un estado mental; no deberíamos dejarnos confundir por esta etiqueta, sin embargo: nosotros no asumimos la presencia de un estado mental detrás de nuestra capacidad de guiñar un ojo, ni suponemos su ausencia en las personas que no saben hacerlo. La diferencia con respecto al conocimiento lingüístico, como bien se sabe, descansa en el hecho de que la gramática mental genera representaciones infinitas, mientras que el guiñar un ojo es un comportamiento limitado.

En lo que sigue, intento apoyar más la idea de que la gramática mental no se pone en uso durante la producción de los enunciados, mediante el examen de la performance que involucra dos reglas sintácticas. En primer lugar, puede asumirse que el hablante de inglés sabe que la palabra *someone* debe ir después de la palabra *with* en una frase como *with someone* 'con alguien', es decir, que sabe que los objetos siguen a sus preposiciones (la evidencia que sugiere esto es, otra vez, del tipo citado anteriormente, a saber receptiva, productiva e intuicional).<sup>28</sup> Ahora bien, ¿qué podría significar que el hablante pone en uso la regla de que el objeto sigue a la preposición mientras produce un enunciado como *you play with someone* 'tú juegas con alguien'? ¿Quiere esto decir que la regla no está en uso mientras produzco *you play* y se pone en uso cuando comienzo a producir *with someone*? Esto no parece ser el caso. Saber que el objeto sigue a la preposición, que es lo que la regla indica, es algo estático o continuo, que no se altera mientras uno enuncia *with someone* o *you play* o lo que fuere. Así como tendría poco sentido decir que la gente pierde su conocimiento cuando hace cosas que no se relacionan directamente con él, así también tiene poco sentido decir que uno utiliza ese conocimiento en forma de reglas. Casos como este, muestran el carácter independiente del cono-

---

<sup>28</sup> Es irrelevante para nuestra discusión si conceptualizamos este conocimiento como generado por una regla de reescritura o por la fijación del valor de algún parámetro direccional. El resultado es que el hablante conoce que el objeto sigue a la preposición.

cimiento de una regla de la competencia con respecto al acto de performance y, por lo tanto, muestran lo inadecuado de presentar un sistema de reglas computacional como algo que es puesto en uso mientras se produce el habla.

El otro ejemplo que ilustra la idea de que el hablante no pone en uso las reglas gramaticales cuando habla, sino que, más bien, éstas sirven de base o trasfondo a la performance, lo constituye la alternativa del inglés de formar preguntas con la partícula interrogativa acompañada de la preposición que la gobierna o de hacerlo con ésta en su posición original. Estas construcciones alternativas se ilustran respectivamente en (13a) y (13b):

- (13) a. With whom did you play? «¿Con quién jugaste?»  
 b. Who did you play with? «¿Con quién jugaste?»

Si comparamos el inglés con una lengua como el español, que no ofrece esta alternativa, se ve esto con claridad. No existe un sentido claro según el cual un hablante de español «ponga en uso» la regla Mueve-a afectando a toda la frase preposicional cuando dice *¿con quién jugaste?*, mientras que, paralelamente, un hablante de inglés «ponga en uso» la regla Mueve-a afectando solo a la partícula interrogativa cuando dice *who did you play with?*. La representación mental del vínculo entre ambas posiciones estructurales (representada por Mueve- $\alpha$  en el esquema de (5)) no tiene relación causal directa con la producción del habla, en particular, con la enunciación de una preposición en una u otra posición.

Esto se hace más evidente en el caso de los hablantes de inglés que pueden escoger entre las alternativas de (13). ¿Diríamos que escogen entre mover toda una frase preposicional o tan solo la frase nominal? Pienso que esta no es una manera adecuada de representar o de considerar la elección entre ambas opciones. Pensemos, más bien, en cómo actuamos cuando escribimos. Cuando escribimos nos encontramos eligiendo entre diversas posibilidades de expresión provistas por nuestro conocimiento lingüístico mental. La relación que yo propongo entre la gramática mental y la performance puede ser mejor apreciada en esta actividad: tenemos una elección entre dos estructuras porque nuestro sistema computacional de reglas genera estas dos estructuras abstractas. Lo que escogemos es el *producto* de la gramática (la posibilidad estructural, de decir o de escribir algo) no la *actividad* de la gramática la cual, como vimos, es no existente puesto que se trata de un

sistema estático. La decisión de qué opción vamos a seguir no está determinada por el sistema ni tampoco lo está el producir el enunciado real. Nuestro sistema es, una vez más, como un *background* o base; es algo en lo que nos basamos, más que algo que usamos. Las reglas no son, por así decir, los caminos reales que recorreremos, sino el diseño de los mismos.

En resumen, hemos visto que el conocimiento del lenguaje involucra (entre otros sistemas) una gramática mental que puede ser caracterizada adecuadamente como un sistema que genera representaciones mentales. También hemos visto que la relación entre estas representaciones y los enunciados reales nos es desconocida porque es la relación que existe entre dos aspectos diferentes de la realidad. Hemos criticado el hecho de que Chomsky no distinga la naturaleza de estos objetos, considerando que ambos son físicos, lo que conlleva el problema de postular, en la performance, el uso de reglas de manipulación de representaciones mentales. Asimismo, hemos visto que durante la performance, la competencia gramatical sirve de trasfondo en el sentido de que provee estructuras posibles para que el hablante las elija de acuerdo con sus necesidades. Esta visión de la gramática que genera formas alternativas le da fundamento a la propuesta atomista, según la cual la competencia debe ser considerada como un repertorio de rasgos a disposición del hablante, los cuales pueden ser funcionalmente equivalentes pero en diferentes situaciones comunicativas.

## 7. La gramática polilectal: una visión atomista del conocimiento lingüístico

En esta sección, reviso algunas ideas adelantadas por el «paradigma dinámico» del lenguaje, en particular las ideas de De Camp (1971) y de C. J. Bailey (1973) e intento acomodarlas en la visión atomista del conocimiento lingüístico que he venido sosteniendo.

En su caracterización de la situación lingüística de Jamaica, De Camp (1971) propone la noción de un *continuum de habla postcriollo* que va desde formas basilectales del inglés criollo de Jamaica a un inglés jamaicano estándar que difiere del inglés británico. De acuerdo con él:

Cada hablante jamaicano domina un rango de este continuo. La dimensión de este rango depende de la longitud de sus contactos sociales; un

líder laboral, por ejemplo, domina un rango mayor de variedades que una ama de casa de clase media suburbana. (1971: 350)

El uso de De Camp del término *variedades* puede sugerir que él le esté adscribiendo al hablante el dominio de diferentes subsistemas del tipo estructuralista, entre los cuales puede realizar *code switching* de acuerdo con la situación comunicativa. Su idea, sin embargo, es diferente: él critica los diasistemas de Weinreich (1941) por considerarlos solamente notaciones eficientes «para comunicar simplemente la misma información ... como se encontraría en una repisa entera de gramáticas separadas de cada variedad, cada una en su propio volumen» (1971: 352). De Camp ordena a los hablantes de acuerdo con su producción común de ciertas formas y propone la existencia de variedades pero que no están determinadas por factores sociológicos, geográficos o situacionales (aunque puedan corresponder a ellos *a posteriori*). Sus variedades se ordenan en un continuo que representa el espectro de rasgos *conocidos* por los miembros de la comunidad. Tal como se señaló antes, algunos hablantes dominan (o pertenecen a) más variedades que otros, lo que significa que comparten algunos rasgos con más personas que otros hablantes.

Sin embargo, esta noción de variedad basada en lo que los hablantes saben presenta un problema fundamental: De camp está basando su construcción de una gramática polilectal de una comunidad en lo que los hablantes producen, pero no en lo que son capaces de entender. Algunos de sus informantes, por ejemplo, pueden usar la palabra *child* 'niño' (lo que el autor en su análisis denomina el rasgo [+A]) en lugar del sinónimo *pikni* ([-A]), o la expresión *didn't* 'negación:pasado' ([+F]) en lugar de su equivalente funcional *no ben* ([-F]); estos hablantes serían asignados a la variedad [+A, +F], mientras que otros a las otras posibles combinaciones [+A, -F], [-A, +F] y [-A, -F]. Sin embargo, es altamente probable que algunos de los hablantes [+A, -F] hayan estado en contacto con gente de otras variedades y conozcan los otros rasgos, aun cuando sistemáticamente eviten usarlos (por razones sociales, digamos).

Así, desde la perspectiva psicolingüística, lo que uno encuentra es una situación atomista: una enorme diversidad de rasgos conocidos de acuerdo con la historia sociocomunicativa de cada uno de los miembros de cada comunidad. Aunque los casos de comunidades post-criollas muestran la diversidad en un alto grado, la situación de las ciudades, o incluso de comunidades pequeñas (como sostienen

Weinreich, Labov y Herzog 1968), también se caracteriza por una situación variable en la cual los hablantes conocen diversos rasgos.

Adoptando una perspectiva de la variación más consciente en términos psicolingüísticos, Bailey (1973) sostiene que las gramáticas polilectales deben de algún modo estar representadas en las mentes de los hablantes. Examinando (impresionistamente) el aspecto social del proceso de adquisición de una primera lengua,<sup>29</sup> concluye que el niño debe internalizar una gran variedad de rasgos distintos que pertenecen a diferentes variedades:

[Un] niño, en un proceso constante, se encuentra constantemente revisando su gramática internalizada con cada nuevo encuentro con variación sistemática del habla de otros y esto se lleva a cabo de manera tal que crea una gramática subyacente que generará todas las variantes con las que debe enfrentarse (1973: 23-4).

Parece claro que este tipo de competencia requiere la generación de representaciones asociables no solo con el tipo de construcciones que un hablante concreto de hecho produce, sino con un conjunto de estructuras mucho mayor: aquellas que le permiten procesar el habla de las diversas personas con las que se comunica de manera competente. Evidentemente, cada forma particular que un hablante particular encuentra en su proceso de socialización no es exactamente la misma que ha encontrado otro hablante. Así, es probable que, vista como un complejo atomista de rasgos lingüísticos, ninguna gramática particular sea idéntica a otra.

Bailey (1973: 27) sostiene, sin embargo, que aunque una gramática polilectal pueda ser una «entidad psicológicamente real», no existe un solo usuario del lenguaje que la haya internalizado como un todo

---

<sup>29</sup> La descripción de Bailey (1973: 174) de este proceso presenta una historia que, aunque claramente basada en un estereotipo occidental, resulta ilustrativa:

Ordinariamente, un niño se encuentra expuesto principalmente al habla de las mujeres en sus primeros años. El niño se ve confrontado eventualmente con el habla de sus abuelos, que pueden ser de otras regiones. Algunos de ellos pueden ser de diferentes clases sociales entre sí y con respecto a los padres del niño. El niño, por supuesto, conoce vecinos de diferentes orígenes regionales y puede viajar a localidades vecinas o distantes. Se comunicará con usuarios de su lengua de diferentes clases en la escuela, reparando periódicos o arreglando jardines, en tiendas, en mercados, etc.

o en su totalidad; sin embargo, sostiene que «la gramática entera es potencialmente internalizable por un determinado usuario del lenguaje que esté expuesto a todos los subsistemas de las lenguas» (*loc. cit.*). Cabe preguntarse lo siguiente: ¿En qué sentido, entonces, es la gramática polilectal psicológicamente real? Me da la impresión de que solo en un sentido fragmentario. Pero este tipo de conocimiento no es estrictamente hablando una gramática polilectal: si un hablante no sabe «toda la gramática» entonces no hay razón (en la misma línea argumentativa) para adscribirle el conocimiento de «todo un lecto o variedad»; por lo tanto, no parece haber una razón aparente para adscribirle una gramática polilectal tampoco. Diera la impresión de que Bailey propone adaptar la gramática de la comunidad (que indudablemente es un sistema polilectal) a los individuos de modo que no se pierda el componente psicolingüístico. Pero al hacerlo les atribuye el conocimiento de un sistema (o varios subsistemas) que muy probablemente no tienen. De esta manera, Bailey (1973: 34) se ve en la necesidad de postular «reglas que generen *outputs* ordenados implicacionalmente» como parte de «una descripción adecuada de la competencia de los usuarios de la lengua». Más aun, el autor sostiene que deben existir «patrones implicacionales psicológicamente creíbles que sean generados por el modelo de ondas» (1973: 22).

Esta última noción se refiere a la propuesta que Bailey elabora con el fin de vincular la variación sincrónica con el cambio diacrónico (cambio que se encuentra constantemente en progreso). De acuerdo con esta idea, aparecen nuevos rasgos en ciertos contextos lingüísticos y en ciertos grupos, primero, y luego se van difundiendo gradualmente. Cuando aparecen otras innovaciones, las anteriores aún no han alcanzado a toda la comunidad o a toda la gramática y así se superponen en ciertos grupos mientras que otros grupos no conocen el cambio reciente aún. Estos cambios en forma de ondas pueden ser observados sincrónicamente como ordenamientos implicacionales de los rasgos, en el sentido de que algunos grupos presentan, por ejemplo, los rasgos F1 y F2, y algunos grupos solo presentan el rasgo F1 pero ninguno de ellos presenta solo el rasgo F2. Esto se debe a que F1 se originó y comenzó su difusión antes que F2, lo que trae como consecuencia que uno encuentre grupos con ambos rasgos (dado que ambas ondas los han alcanzado) y grupos con el rasgo F1 solamente (dado que solo la primera los ha alcanzado), pero ninguno solo con F2, dado que ésta es una innovación tardía. Así, sincrónicamente, la presencia de F2 implica la presencia de F1.

Como puede observarse, Bailey parece caer en el error, ya mencionado con respecto a Weinreich, Labov y Herzog (1968), de adscribir el orden encontrado en el *comportamiento de la comunidad* al *conocimiento del individuo*. Puede ser verdad que los patrones implicacionales de aquél o las reglas variables de éstos describan adecuadamente los datos recogidos de un grupo de individuos; pero estos datos, examinados de manera separada, sugieren un conocimiento individual subyacente que no es en sí mismo describible en los mismos términos. Dado el hecho de que una comunidad *entera* no es accesible normalmente a los hablantes individuales, uno siempre encontrará el problema de que el ambiente lingüístico presenta más rasgos que aquellos que han sido internalizados por el individuo con una sola historia o proceso de internalización. Esto lleva una vez más a una visión atomista de la competencia del individuo, una en la que el hablante tiene a su disposición lo que la gramática internalizada genera lo que, normalmente, no es coincidente con lo que caracteriza al ambiente lingüístico entero de un individuo.<sup>30</sup>

En esta misma línea los siguientes pasajes de Bailey (1973), que critican respectivamente el estructuralismo saussureano y al generativismo (como puede inferirse por los conceptos usados por Bailey 1973), suenan curiosos:

El intento artificial de congelar los datos y de ignorar la naturaleza procesual del cambio lingüístico ha forzado a los lingüistas a descripciones que excluyen una gran cantidad de conocimiento lingüístico o de competencia del usuario de la lengua, incluyendo los hechos elementales de que un nieto pueda comunicarse con su abuelo (1973: 14).

Describir la competencia de tales hablantes [la vasta comunidad de todos aquellos que se comunican fluidamente y competentemente en inglés] en formulaciones que representan las gramáticas internalizadas que gene-

---

<sup>30</sup> Algunas aproximaciones generativistas a la adquisición del lenguaje (cf. Flynn 1987) desarrollan su trabajo basadas en una asunción más o menos similar. Crean teóricamente un aprendiz ideal que es caracterizado por rasgos que se encuentran en diferentes niños reales. Esto pasa por alto el hecho de que cada individuo atraviesa un desarrollo particular que determina su conocimiento lingüístico particular; por esta razón resulta inadecuado referirse a estas entidades teóricas creadas a partir de datos compuestos como *el aprendiz de japonés* o *el aprendiz de inglés*. Debo esta observación a James Lantolf.

ran todas las diferencias a las cuales deben enfrentarse competentemente es imposible con modelos estáticos. Los datos artificialmente utilizados que manejan representan solamente fragmentos de la competencia de los usuarios de la lengua, la cual es distorsionada cuando se le fuerza a entrar en tales moldes procustianos (1973: 17).

Aunque critica adecuadamente estas aproximaciones por ignorar la variación, Bailey parece estar empujando el péndulo hacia el otro extremo: los hablantes sencillamente no saben tanto.

## 8. Conclusión

En este artículo he revisado algunas de las propuestas que se han desarrollado en este siglo para dar cuenta de la dicotomía heterogeneidad-homogeneidad en el lenguaje. He sugerido que la *langue* de Saussure así como las nociones estructuralistas de (dia)sistema o variedad son intentos de imponer estructuras homogéneas a realidades sociales heterogéneas. He mostrado, también, como Weinreich, Labov y Herzog (1968) proponen una estructura más dinámica para representar la heterogeneidad inherente a la comunidad de habla, una que correlaciona los usos de rasgos lingüísticos con rasgos extragramaticales. Su propuesta de subsistemas coexistentes que constituyen una estructura sociolingüística puede ser considerada un adelanto con respecto a la visión estática del estructuralismo. Sin embargo, aun cuando el aspecto social del lenguaje se describa adecuadamente por medio de esta propuesta, todavía no proporciona una visión del lenguaje cabal dado que no toma en cuenta su aspecto cognitivo realizado en cada individuo.

También he examinado dos propuestas que intentan caracterizar el conocimiento lingüístico individual: la competencia de Chomsky y la gramática polilectal de Bailey. He sugerido que la primera caracteriza al conocimiento gramatical como compuesto por un sistema único que no toma en cuenta la variación, ignorando crucialmente la posibilidad de que el mismo individuo produzca una estructura generable por un sistema y otra que no lo es. Por otro lado, la gramática polilectal asume que el individuo conoce varios sistemas entre los cuales puede elegir. Así, explica el uso de datos funcionalmente equivalentes asumiendo que pueden ser generados por sistemas diferentes. Esta última propuesta se basa en la observación de que cada indi-

viduo durante el proceso de aprendizaje de su lengua entra en contacto con una gran diversidad de estilos sociolectos o dialectos. Bailey propone que el individuo, por lo tanto, llega a saber diferentes variedades. Sin embargo, si entendemos *variedad* en el sentido estructuralista como un todo, como una estructura cerrada y total en la cual todos sus elementos se definen por oposición, es muy probable que un individuo no conozca diferentes entidades con tales características ya que aunque el hablante haya tenido contacto con diferentes variedades parece altamente improbable que haya aprendido todos los rasgos que pueden ser atribuidos a tales variedades.

Más bien que el conocimiento de diversos sistemas *per se*, el hablante parece adquirir un repertorio de rasgos lingüísticos (principios, reglas o elementos de diferentes aspectos o niveles que componen una lengua) que se encuentran a su disposición. El hablante puede elegir los rasgos de acuerdo con sus necesidades condicionado por la situación y por su interlocutor. El hecho de que los lingüistas reconozcan patrones que sugieren que los rasgos pueden agruparse en variedades situacionales, geográficas o sociales, no significa que estos conjuntos sean conocidos como tales por los hablantes mismos. De esta manera, se propone que el conocimiento lingüístico del individuo es *atomista*, en oposición a *sistemático*, puesto que es el analista —y no el hablante— el que «encuentra» el sistema virtual en el repertorio real.

## Bibliografía

- BAILEY, C. J.  
1973 *Variation and Linguistic Theory*. Arlington: Center for Applied Linguistics. BROMBERGER, S. y M. HALLE 1992. «Why phonology is different». *Linguistic Inquiry* 20: 51-70.
- CAMPOS, H.  
1986 «Indefinite object drop». *Linguistic Inquiry* 17: 354-359.
- CERRÓN-PALOMINO, R.  
1987 *Lingüística Quechua*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales «Bartolomé de las Casas».
- CHOMSKY, N.  
1971 *Aspectos de la teoría de la sintaxis*. Madrid: Aguilar.

- 1980 *Rules and Representations*. Nueva York: Columbia University Press.
- 1981 *Lectures on Government and Binding*. Dordrecht: Foris.
- 1986 *Knowledge of Language: Its Nature, Origin and Use*. Nueva York: Praeger.
- CISNEROS, L. J.  
1991 *El funcionamiento del lenguaje*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- COOK, V. J.  
1991 «The poverty-of-the-stimulus argument and multicompetence». En *Second Language Research* 7: 103-117.
- COSERIU, E.  
1981 *Principios de Semántica Estructural*. 2da edición. Madrid: Gredos.
- CROWLEY, T.  
1996 *Language in History. Theories and Texts*. Londres y Nueva York: Routledge.
- DE CAMP, D.  
1971 «Toward a generative analysis of a post-creole speech continuum». En D. HYMES (ed.). *Pidginization and Creolization of Languages*. Londres: Cambridge University Press.
- FLYDAL, L.  
1951 «Remarques sur certains rapports entre le style et l'état de langue». *Norsk Tidsskrift for Sprogvidenskap* 16: 240-257.
- FLYNN, S.  
1987 *A Parameter-Setting Model of L2 Acquisition. Experimental Studies in Anaphora*. Dordrecht: Reidel.
- GUMPERZ, J. J.  
1964 «Linguistic and social interaction in two communities». En GUMPERZ, J. J. y D. HYMES (eds.). *The Ethnography of Communication. American Anthropologist* 66.6, Part 2. Washington, D.C.: American Anthropological Association.
- HANKS, W.  
1996 *Language and Communicative Practices*. Boulder, Colorado: Westview.

- 458 Homogeneidad versus heterogeneidad en el lenguaje
- HEGER, K.  
1985 «Signemas plurilingües». En J. FERNÁNDEZ-SEVILLA *et al.* (ed.). *Philologia Hispaniensia. Vol II. In Honorem Manuel Alvar*. Madrid: Gredos.
- JAKOBSON, R.  
1931 «Prinzipien der historischen Phonologie». *TCLP* 4: 257-267.
- LÓPEZ MORALES, H.  
1989 *Sociolingüística*. Madrid: Gredos.
- LLEAL, C., Coloma  
1990 *La formación de las lenguas romances peninsulares*. Barcelona: Barcanova.
- NAGATA, H.  
1988 «The relativity of linguistic intuition: The effect of repetition on grammaticality judgments». *Journal of Psycholinguistic Research* 17: 1-17.
- NEWMeyer, F.  
1983 *Grammatical Theory: Its Limits and Its Possibilities*. Chicago: University of Chicago Press.
- PAUL, H.  
[1880] 1920 *Prinzipien der Sprachgeschichte*. 5ta edición. Halle: Niemeyer.
- PÉREZ SILVA, J.  
1999 «The Psycholinguistic Basis of Andean Spanish Morpho-Syntax: The Role of Second Language Acquisition Principles in Language Contact». Tesis doctoral no publicada, Cornell University, Ithaca, Nueva York.
- RIVAROLA, J. L.  
1990 *La formación lingüística de Hispanoamérica*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- SAUSSURE, F. de  
[1916] 1981 *Curso de lingüística general*. Traducido por A. ALONSO. 21va edición. Buenos Aires: Losada.
- TORERO, A.  
1983 «La familia lingüística quechua». En B. Pottier (ed.). *América Latina en sus lenguas indígenas*. Caracas: Monte Avila.

VAN DIJK, T.

1977 *Text and Context: Explorations in the Semantics and Pragmatics of Discourse*. Londres y Nueva York: Longman.

WEINREICH, U.

1954 «Is a structural dialectology possible». *Word* 10: 388-400.

WEINREICH, U., W. LABOV and M. HERZOG

1968 «Empirical foundations for a theory of language change». En LEHMANN, W. P. y Y. MALKIEL (eds.). *Directions for Historical Linguistics*. Austin, Texas: University of Texas Press.

WÖLCK, W.

1977 «Un problema ficticio: ¿lengua o dialecto quechua?». *Lexis* I: 151-162.